Año II ¡Proletarios de todos los países, unios! Núm. 15

COMUNISMO

Organo teórico mensual de la Izquierda Comunista de España
(Sección Española de la Oposición Comunista Internacional)

AGOSTO 1932

SUMARIO

Págs.

EDITORIALES: De mes a mes, por la *Redacción* 1
Después de la intentona borbónica: Contra la reacción monárquica, el frente proletario de lucha, por *La Izquierda Comunista española* 8
¿No hay salida para la crisis?, por *Lenin* ... 11
La situación revolucionaria alemana y los últimos acontecimientos: Después de las elecciones al Reichstag, por *Comunismo.* 16
Bonapartismo y Fascismo, *L. Trotsky* 18
En torno al viraje del Partido Comunista alemán, por *Frange* 22
El terror fascista alemán en cifras 26
La Prensa comunista y los acontecimientos alemanes, por *Emilio Ruiz* 27
¿A la cola de los socialistas o a la cabeza de la lucha contra Lerroux?, por *L. Fersen* 30
La Conferencia Nacional de Unidad Sindical, sus decisiones y derivaciones, por *Henri Lacroix* 38
La lucha contra la guerra: Comentarios al "Gran Congreso", por *M. Vela* 44
Revista de libros... 45
Revista de Revistas 48
Periódicos 48

Número suelto: 75 céntimos

Toda la correspondencia al Apartado 918-Madrid

COMUNISMO

Organo teórico mensual de la Izquierda Comunista de España

La correspondencia al Apartado 918 - MADRID

Precios de suscripción:

España, Portugal y América.. Un año: 8 ptas. Seis meses: 4 ptas.

Demás paises..... Un año: 12 ptas. Seis meses: 6 ptas.

Los giros al administrador, F. García Lavid Cabeza, 30. MADRID

LOTES DE LIBROS DE «EDICIONES COMUNISMO»

Con objeto de facilitar la selección de obras para la formación de una cultura marxista, Ediciones Comunismo *ha organizado tres lotes de obras, que ofrece a sus lectores.*

LOTE DE CINCO PESETAS.—*Federico Engels*: «Socialismo utópico y socialismo científico» (0,35); *Carlos Marx*: «Precios, salarios y ganancias» (1,50); *Lenin*: «El marxismo» (0,60); *Rosa Luxemburgo*: «Huelga en masa» (0,75); *Charles Rappoport*: «Resumen de comunismo» (0,35); *Engels*: «Elementos de comunismo» (1,50).

LOTE DE SIETE PESETAS.—*Marx*: «Crítica de la economía política» (2,00); *Bujarin*: «A B C del comunismo» (2,00); *Engels*: «Religión, filosofía y socialismo» (1,50); *Lenin*: «La ruta de la insurrección» (0,60); *Varga*: «La decadencia del capitalismo» (0,60); *Lafargue*: «El materialismo económico de Marx» (0,40).

LOTE DE DIEZ PESETAS.—*Engels*: «El origen de la familia, de la propiedad privada y del Estado» (2,50); *Lenin*: «El imperialismo» (2,00); *Lafargue*: «El ideal socialista» (0,20); *Marx*: «Revolución o contrarrevolución» (2,00); *Marx*: «Miseria de la Filosofía» (2,00); *Delinières*: «Cómo se realizará el socialismo» (0,60); *Marx y Engels*: «Manifiesto comunista» (0,50); *Lafargue*: «La religión del capital» (0,40).

Los pedidos pueden dirigirse a: Ediciones Comunismo, *Apartado* 918, *Madrid. Y los giros a*: *F. García Lavid, Cabeza,* 30, *Madrid. Cuando los pedidos sean a reembolso cargaremos cincuenta céntimos más por los gastos de envío. El importe se nos puede enviar también en giro postal o sellos de correo de* 0,30. *Si alguna obra de un lote la posee el comprador, puede ser substituida por otra del mismo precio.*

AÑO II — AGOSTO DE 1932 — NUM. 15

(3)

EDITORIALES

DE MES A MES

El mitin celebrado en la Plaza de Toros de Madrid por los elementos que se titulan antiestatutistas (*El Imparcial* está pagado y orientado por los ex comunistas Pinillos y Cárdenas) ha sido, en realidad, un intento de recuento de las fuerzas de la reacción. Fuerzas que hace pocos meses se agrupaban en torno a Lerroux y su partido, y que hoy ya se creen suficientemente fuertes para presentar francamente al descubierto su cara política de monárquicos. Puede decirse que las fuerzas reaccionarias monárquicas han dirigido su ataque en torno del Estatuto, como pretexto para una campaña de mayor envergadura. La lucha contra las aspiraciones del pueblo catalán han reunido a los reaccionarios de todos los matices. Causa verdadero asombro ver cómo los pequeñoburgueses del estilo de Balbontín y su órgano *La Tierra* hacen coro con esa gente con el pretexto de que los diputados de la Esquerra han votado la ley de Defensa de la República. Eso es lo que gráficamente se llama en español tomar el rábano por las hojas. Cada día se evidencia más que el problema nacionalista catalán juega en España un papel revolucionario. Y esto se hace más claro a medida que la Esquerra abandona sus posiciones para pactar con el Poder central. La campaña contra el Estatuto está inspirada, en el fondo, por los elementos lerrouxistas, que si todavía no han formado el frente único con los monárquicos es porque sólo aguardan el momento oportuno para hacerlo. La clase trabajadora, consciente del papel revolucionario que en el Estado español representan las reivindicaciones del pueblo catalán, y defensora hasta sus últimas consecuencias del derecho de los pueblos a disponer de sí mismos, debe apoyar las reivindicaciones de Cataluña, con lo cual impulsará también la revolución democrática.

* * *

Con motivo del mitin antiestatutista, el Partido Comunista hizo un llamamiento a la clase trabajadora madrileña para ma-

nifestarse contra los organizadores. El acuerdo fué acertadísimo, y con ello el Partido no hacía más que cumplir con lo que debe ser su deber de vanguardia del proletariado, poniéndose a la cabeza de la lucha contra toda ofensiva reaccionaria. Pero es evidente que esta actitud está en evidente contradicción con su actitud respecto a otros problemas. No hemos de referirnos ya a Alemania, donde se sostiene la incompatibilidad de luchar al mismo tiempo con la socialdemocracia contra el fascismo y de desenmascarar a los socialdemócratas en la acción ante la clase obrera. Tenemos un ejemplo más próximo. El Partido Comunista rechaza de plano la posibilidad de luchar en un frente único con los socialistas contra Lerroux, porque esto sería hacer el juego a los socialdemócratas. Sin embargo, no tienen inconveniente en luchar contra los reaccionarios antiestatutistas. Objetivamente, la campaña contra estos reaccionarios, para el que sea un miope político puede pasar como un sostén indirecto al Gobierno republicanosocialista. Pero lo cierto es que la lucha contra la reacción monárquica no impide de ninguna manera la lucha contra la reacción republicanosocialista. No cabe la menor duda que en el proceso de la lucha contra la reacción se verá claramente cómo el socialismo acude a los compromisos y huye de toda acción eficaz. Y entonces nos encontraremos con que al mismo tiempo que el Partido Comunista lucha eficazmente contra la reacción borbónica, desenmascara el verdadero carácter de agentes de la burguesía de los socialistas.

* * *

En pleno Parlamento, y a manera de desafío político, Lerroux invitó recientemente al Gobierno a convocar a elecciones parciales para poder de esa manera medir el cambio ocurrido en la opinión política del país. En la réplica, el Gobierno eludió la contestación concreta; pero a manera de concesión, a los pocos días anunciaba el mismo Gobierno su propósito de convocar a las elecciones parciales. Hemos asistido después a un espectáculo grotesco. Parece como si la oposición lerrouxista y el propio Gobierno sintieran un verdadero temor a la prueba. Ni unos ni otros parecen tener gran interés en abreviar los días. En realidad, hay que reconocer que saben conscientemente el porqué de su actitud. La República estuvo en los primeros tiempos asistida de la simpatía más o menos entusiasta de un gran sector de la clase obrera y de la pequeña burguesía radical. De una manera tácita, la República estuvo asistida también del apoyo de los grandes capitalistas a los que no les importaba sacrificar a la monarquía. Pero el panorama ha cambiado profundamente. Los capitalistas que pasivamente apoyaron a la República en los primeros tiempos ven cómo ésta se ha debilitado y francamente

vuelven a adoptar la postura monárquica. Por otra parte, la clase trabajadora, después de la trágica experiencia de un año, ha abandonado su ilusionismo democrático y ha comprendido que este Gobierno no tiene nada que ver con ella. Es decir, prácticamente, se ha fortalecido el ala reaccionaria monárquica y el movimiento obrero revolucionario. Y en medio de ambos, quedan profundamente debilitadas las fracciones republicanas y socialistas. He aquí el porqué del pánico, tanto de lerrouxistas como de gubernamentales, a contrastar el cambio sufrido en la opinión política del país.

* * *

A medida que el proletariado, internacionalmente, da muestras de mayor acometividad, el capitalismo se esfuerza por perfeccionar y agravar sus sistemas de represión. Con ello se evidencia también más toda la falacia de la llamada democracia burguesa. Como si al actual Gobierno y a sus Cortes les pareciera todavía poco la ley de Defensa de la República y los poderes discrecionales que tienen todas sus autoridades, ya se disponen a la aprobación de una nueva ley de Orden público, que dejará en mantillas en espíritu regresivo a la antigua ley monárquica. El preámbulo del proyecto es todo un programa: «Ha sido preciso crear nuevos ordenamientos concordantes con las exigencias y supuestos característicos de nuestro tiempo e imprevisibles en los días románticos del típico liberalismo ochocentista.» Y el articulado hace honor a esta promesa. Prácticamente, la nueva ley de Orden público es una arma temible que se esgrime sobre la clase trabajadora española y sobre sus partidos y organizaciones de clase. Hasta ahora, es sólo un proyecto y tiene que someterse a la deliberación de las Cortes, las cuales, conociendo su carácter reaccionario, es de suponer que se limitarán a corregirlo para agravarlo. Desde el primer momento, el proletariado español está en la obligación, por mero instinto de conservación, de emprender la ofensiva contra el intento de aprobación. Es preciso emprender una enérgica campaña nacional para impedir que el proyecto pase a ser ley.

* * *

Cada acontecimiento que surge en el panorama político español sirve para dar un argumento más demostrativo del papel de traición que los socialistas juegan y representan. Desde el 14 de abril la burguesía precisaba de la colaboración de los socialdemócratas para que éstos hicieran de freno de las reivindicaciones de la clase trabajadora. Y no sólo han cumplido este papel, sino que incluso se han convertido en sus asesinos. Su claudicación en la «lucha» contra Lerroux es todo un síntoma. La reacción avanzará

todo lo que quiera si no ha de encontrar en su camino más obstáculo que la socialdemocracia. A través de todo el período de la dictadura de Primo de Rivera hemos podido ver bien claramente la resistencia que le oponía el socialismo. Mientras los comunistas nos encontrábamos en las prisiones españolas, los socialistas estaban cómodamente en el Consejo de Estado o en los Comités Paritarios. Lerroux representa el punto de concentración de toda la reacción capitalista, tanto monárquica como republicana. Los comunistas deben colocarse a la cabeza contra él para demostrar en la práctica toda la falacia de los socialistas.

* * *

Nadie gusta tanto de las palabras fuertes y de los hechos débiles como los stalinianos de todos los países, y, principalmente, los españoles. A raíz de proclamada la República, pedían a voz en grito que se entregara el Poder a los Soviets, a unos Soviets inexistentes; pero, al mismo tiempo que daban pruebas de este revolucionarismo verbal, no jugaron ningún papel en el curso de la revolución. Cuando la Izquierda Comunista hace un análisis de la situación y quiere establecer las consignas adecuadas al momemo, surge siempre un joven funcionario atiborrado de literatura martinovista que se alza muy solemnemente para calificarnos de liquidadores y derrotistas. «Los trotskistas dicen que la revolución está en descenso», clama el asalariado juvenil. Por lo tanto, los trotskistas son unos contrarrevolucionarios y unos derrotistas. Claro está que, perdiéndose en el entusiasmo de su elocuencia, el pedantuelo no tiene inconveniente en decir unas cuantas líneas después que el proletariado de los grandes centros está deprimido y que esto tiene un valor negativo. El pánico ante una situación dada se manifiesta en los demagogos habituales por la intensificación de sus alaridos; el revolucionario consciente huye de caer en el histerismo y mira las situaciones cara a cara. No vale chafarse de la situación hablando de la dialéctica del proceso revolucionario. Hay un hecho concreto, que la Izquierda Comunista repite: actualmente, el proletariado español se encuentra obligado a luchar por las más elementales libertades políticas y está amenazado por una dictadura republicana. ¿Es esto cierto, sí o no? Pues si es cierto, se deduce de ello que el Partido debe formular su táctica inmediata en relación con la situación. Lo demás sí que es preparar a los trabajadores para la derrota. Mientras la Izquierda Comunista propone la concentración del proletariado sobre unas reivindicaciones concretas, para impulsar así el proceso revolucionario, los stalinianos se entregan a un verbalismo estéril. Son hechos los que se precisan, y no palabras.

* * *

El Gobierno republicanosocialista se dispone, de acuerdo con los compromisos adquiridos principalmente con el Gobierno francés, a intervenir en la próxima guerra, que desde luego será contra la Unión Soviética. Las declaraciones del presidente del Consejo a este respecto no pueden ser más terminantes: «Las reformas militares que vienen realizándose en España desde el advenimiento de la República, y que aun están lejos de su conclusión, se encaminan a dotar al país de los elementos defensivos que aseguren su posición internacional. Si hubiese guerra, no es seguro que pudiéramos mantener una neutralidad como en 1914, ni que nos conviniese ser neutrales; y es, además, cierto, que en caso de guerra el respeto sólo se funda en la posibilidad de imponerlo. España será capaz de poner sobre las armas dos millones de soldados perfectamente equipados y dotados de todos los elementos y material moderno.» Estas declaraciones son suficientemente claras para comprender que España se dispone a entrar en el concierto de las naciones guerreras. Los mismos elementos que hace todavía pocos años combatían desde la oposición las acciones guerreras de la monarquía no tienen hoy ya inconveniente en emprender la preparación militar para la próxima contienda, que, como el proletariado revolucionario no debe olvidar, será contra la República rusa. Como comienzo de estos planes se destinarán millones y millones del presupuesto, que se nutre de la clase trabajadora, a los preparativos guerreros. Azaña ya ha anunciado que se llegará a un presupuesto de 150 millones para Aviación. Y reiteradas veces ha aludido el Sr. Azaña a que se dotará al Ejército de material bélico modernísimo. Mientras a la clase obrera se la niega el socorro de paro forzoso, vemos cómo el Gobierno no escatima los millones para gastos militares.

* * *

Y esta política militar se lleva a cabo por el primer Gobierno en el que hay ministros socialistas. En los Parlamentos anteriores a 1923, regularmente, se levantaban de los bancos de la oposición los socialistas para oponerse a todo aumento del presupuesto de guerra. ¡Qué cerca, y, sin embargo, qué lejos están aquellos tiempos! Hoy día, los socialistas forman parte en todos los países de las pandillas militaristas. A pesar de su verbalismo pacifista, se incorporan unánimemente a la política militar de todos los Estados. Como si hubiera sido poco la experiencia de 1914 y la traición de la socialdemocracia, los hechos posteriores nos han demostrado el valor que tiene ese pacifismo llorón y pequeñoburgués del socialismo internacional. Es evidente que los peligros de guerra crecen de día en día en el mundo. La burgue-

sía no descansará tratando de buscar los medios para provocar una guerra contra la Unión Soviética. Cuando se trata de atacar a ésta, todas las rivalidades cesan. Hitler en el Poder, en seguida encontraría una fórmula de acuerdo con «su mortal enemiga Francia» para atacar a Rusia. Por eso, el proletariado internacional no puede tener la más mínima confianza en la acción contra la guerra de la socialdemocracia, ni de la pequeña burguesía radical. La clase trabajadora no debe aceptar fórmulas genéricamente pacifistas. Lenin nos dió la consigna: hay que transformar la guerra en guerra civil y hacer triunfar la revolución proletaria.

* * *

Después de la agitación constante de los pasados meses, de las huelgas reiteradas y de los movimientos seguidos, la C. N. T. da la impresión completa de haber caído en una postración extraordinaria. De aquel combativo organismo parece que no ha quedado nada. Actualmente se consume en una terrible crisis interior. Las crisis de las organizaciones revolucionarias no son peligrosas para su vida si sirven para un análisis serio de los errores cometidos y se saca de ellas las consecuencias para una actuación acertada en el porvenir. La C. N. T. está en estas condiciones; pero tiene que cambiar fundamentalmente sus métodos anteriores. Como medida profiláctica, lo primero que se impone es la eliminación total del grupo de los treinta. Pero también es preciso acabar con el sectarismo escisionista de la F. A. I. y sus métodos de aventurerismo terrorista. El problema más inmediato que tiene planteado la clase trabajadora es el de su unidad sindical. Es un hecho sobre el cual no cabe discutir, que los jefes reformistas de la U. G. T. se oponen rotundamente a ella, porque así conviene a sus intereses burocráticos. La unidad sindical ha de hacerse a base de la C. N. T., que es el organismo sindical revolucionario de la clase trabajadora española. Pero, hasta ahora, la intransigencia anarquista, expulsando a los comunistas de los Sindicatos, ha impedido que la unidad se lleve a cabo. La C. N. T. no encontrará una salida verdaderamente práctica a su actual crisis más que haciendo de sus organizaciones el centro sindical de agrupamiento de todos los obreros revolucionarios españoles. De no obrar en este sentido, y de persistir en su sectarismo, está seriamente amenazada de descomposición interna.

* * *

En Hungría han sido ejecutados recientemente dos camaradas comunistas: Sallay y Furst. Son dos crímenes más que hay que

agregar a la larga lista de asesinatos cometidos desde 1919 por la burguesía húngara. Por el simple hecho de ser propagandistas y militantes del Partido Comunista, el Gobierno húngaro, amparador de los falsificadores de billetes del Banco de Francia, ha ejecutado a estos dos valerosos combatientes del comunismo. Es doloroso que la reacción del proletariado revolucionario internacional no haya sido suficientemente vigorosa para la protesta. El aislamiento de la vanguardia proletaria ha permitido que un asesinato tan cínico haya podido perpetrarse sin que haya suscitado inmediatamente la reprobación enérgica del proletariado. Internacionalmente, la burguesía se nos presenta cada día con mayor ferocidad criminal. No repara en medios, por violentos que sean, para intentar detener el avance de la revolución. De la sensibilidad del Tribunal que los juzgó es una buena prueba el saber que cuando uno de los defensores enseñaba la camisa ensangrentada de Sallay (víctima de los procedimientos salvajes de la Policía política), el presidente se limitó a exclamar: «¡Vamos, señor defensor, basta de comedias!» Y esta misma gente es la que diariamente tiene el cinismo de hablar de los «crímenes bolcheviques». En Grecia también ha fallecido el militante de la Oposición Comunista griega, camarada Dohorakif. Ha muerto a consecuencia de las heridas que le produjo la Policía. El camino de la victoria proletaria está sembrado de innumerables mártires; pero el recuerdo de ellos debe estimularnos para seguir más intransigentemente el combate hasta el fin.

* * *

Recientemente ha fallecido en Roma Enrique Malatesta. Representaba lo más noble de ese tipo de anarquismo idealista y estéril. Fué un combatiente romántico y desinteresado que consagró toda la vida a la defensa de los oprimidos. Su recuerdo quedará grabado como un buen luchador de la causa de la Revolución. También ha fallecido recientemente en España el teórico del sindicalismo José Prat. Puede decirse que sus obras son las únicas de interés que se han publicado en español desde el punto de vista sindicalista. Con Malatesta y Prat desaparecen dos de los más significados representantes del anarquismo y sindicalismo, de esas dos corrientes obreras que si en el pasado han tenido cierto fundamental ascendiente en la clase obrera, después de la Revolución rusa han caído en decadencia. El romanticismo libertario ha cedido el paso al comunismo de la Tercera Internacional.

Después de la intentona borbónica

Contra la reacción monárquica, el frente proletario de lucha

Cuando ya teníamos compuesto este número de la Revista y nos disponíamos a su impresión, ha surgido la intentona monárquica que durante un día ha puesto en tensión la energía revolucionaria del país, es decir, de la clase trabajadora. Del hecho se deduce toda una serie de enseñanzas en general y de medios tácticos para la lucha victoriosa de la clase trabajadora contra la reacción borbónica y republicana. A la luz de los hechos se evidencia cada día más cómo la Izquierda Comunista, durante todo el proceso de la Revolución, ha tenido una visión exacta de la situación, y al propugnar el planteamiento de consignas democráticas no hacía más que impulsar el curso revolucionario e intentar garantizar la dirección de la lucha al Partido Comunista.

La República, que surgió el 14 de abril como consecuencia de un movimiento profundamente popular, desde los primeros momentos tendió a la claudicación ante sus antiguos enemigos políticos, con los que no sólo transigió, sino a los que confió puestos de máxima responsabilidad. Mientras a derecha, el Gobierno republicano-socialista, daba muestra de la más completa transigencia, reforzaba su represión contra la clase trabajadora revolucionaria. Aprovechando el fervor democrático de las masas hacía aprobar leyes bajo el pretexto de la lucha contra la reacción, leyes que tenían prácticamente por único objeto el aniquilamiento de las organizaciones de clase. Mientras los generales del Directorio gozaban de libertad y podían conspirar libremente, los obreros revolucionarios se encontraban en Bata y en las prisiones de toda España. La Prensa obrera era suspendida, como en el caso de *Mundo Obrero*, o denunciada sistemáticamente, como *Solidaridad Obrera*, *La Palabra*, *El Soviet*, *El Libertario*, *Las Masas*, *Tierra y Libertad*, etc., etc. Los periódicos militaristas, monárquicos o monarquizantes incitaban abiertamente a la contrarrevolución. Esta encontraba vía libre.

Los hechos ocurridos no podían sorprender a nadie. La Prensa revolucionaria venía denunciándolos diariamente, obteniendo por toda réplica la afirmación de que los militares eran absolutamente afectos al régimen. *Mundo Obrero* denunció públicamente en los meses de diciembre y enero las andanzas conspiradoras del general Sanjurjo. A pesar de que sus maniobras eran del dominio público, se le mantuvo en la Dirección de la Guardia Civil, y posteriormente se le dió el mando de los carabineros. El incidente de Carabanchel fué el corolario de toda la agitación monárquica que había de tener su epílogo en los sucesos del día 10. Sin embargo, la única medida verdaderamente represiva adoptada fué el encarcelamiento del teniente coronel Mangada, conocido no sólo como republicano, sino como republicano de izquierda. Al mismo tiempo que todo esto ocurría, los radicales lerrouxistas, a pesar de sus reiteradas promesas de fidelidad a la República, se convertían en los fomentadores de la reacción monárquica. Y ante ellos, tanto la Cámara como el partido socialista adoptaban una actitud de franca camaradería.

La cobardía de los conspiradores y la reacción decidida de la clase trabajadora han terminado rápidamente con la intentona borbónica. Pero las consecuencias que se deducen de ello no son sólo éstas. De una manera terminante y visible se ha demostrado ante las masas populares que las conquistas más elementales de la revolución democrática están todavía por llevarse a cabo. Aquellos trabajadores que todavía se encuentran bajo la influencia nefasta de la socialdemocracia han podido ver, en la realidad de los acontecimientos, cómo todo está por hacer. El clamor popular se ha manifestado principalmente contra la imprevisión del Gobierno republicanosocialista y contra su política de claudicación y transigencia con los elementos monárquicos o monarquizantes. Ya nos encontramos ante nuevas promesas, que tendrán el mismo valor que las pasadas. La burguesía republicana no puede, de ninguna manera, llevar a sus últimas consecuencias la revolución democrática. Inmediatamente que la clase obrera se lance a la defensa de sus reivindicaciones, volverá a encontrarse como enemigos a los guardias civiles sublevados en Sevilla. Precisamente, la misión del Gobierno republicanosocialista es el aniquilamiento de las organizaciones de clase, y pactará, para lograr esto, incluso con los más intransigentes monárquicos.

La lucha efectiva contra la reacción le corresponde únicamente a la clase trabajadora, es decir, al Partido Comunista. Pero para ello es preciso que éste sepa englobar a la clase trabajadora en la lucha contra la reacción, y que acierte a la realización de una política consecuente de frente único proletario. Justo es reconocer que en los últimos acontecimientos se ha manifestado un serio viraje en el Partido, que puede ser síntoma de un mejoramiento de su política y de un sincero deseo de ponerse a la cabeza de las masas obreras para impulsar y llevar la revolución democrática a sus últimos extremos. Sin embargo, sabemos también cómo se caracteriza la actual política comunista, por sus constantes zigzags y su abandono de las tareas inmediatas por gritos estentóreos dados en el vacío. La experiencia de los pasados meses, en que el Partido Comunista no ha jugado ningún papel principal en el curso de la revolución, deben ser altamente aleccionadores.

Puede decirse que los últimos acontecimientos servirán para poner sobre el tapete político, de nuevo, todos los problemas de la revolución democrática, entre los cuales, uno de los más importantes es la lucha contra la reacción. El Partido Comunista, de ninguna manera debe quedar al margen de los próximos acontecimientos, y rodeado exclusivamente del grupo de incondicionales. Es preciso que se convierta en el guía efectivo de las masas obreras en las próximas luchas revolucionarias. Pero la garantía de este hecho descansa también en la habilidad de la dirección del Partido para establecer un frente proletario de lucha. La compenetración con que en diversas ciudades de España han luchado juntamente contra la reacción monárquica los comunistas y las masas obreras influenciadas por la C. N. T., es ya de por sí un magnífico síntoma. El hecho de que en la Plaza de Toros de Sevilla se haya celebrado un mitin con intervención de oradores comunistas, sindicalistas, anarquistas y socialistas es toda una batalla ganada a la reacción. Y que en una manifestación celebrada en Barcelona hayan podido hablar juntamente un representante del Partido, otro del Bloque y nuestro camarada Andrés Nin, es un gran paso hacia la unificación del comunismo,

condición indispensable para el éxito de los futuros combates.

De los propósitos de la reacción borbónica es un indicio que el primer manifiesto lanzado por el general monárquico Sanjurjo fuera para declarar al margen de la ley al Partido Comunista. Los elementos militaristas, feudales, terratenientes, etc., tienen como aspiración suprema el ataque violento contra el proletariado. El triunfo de la reacción supone el aniquilamiento físico de los elementos revolucionarios del país. Con un gran instinto de clase, así lo ha comprendido el proletariado español, que desde el primer momento de surgir la sublevación se ha aprestado a la defensa y al combate.

Este combate contra la reacción no tendrá verdadera virtualidad si no se lleva íntimamente ligado a la lucha contra los republicanos y socialistas, que con su política de represión contra la clase obrera revolucionaria hacen posible el levantamiento de la reacción, y principalmente, contra los elementos radicales lerrouxistas, que bajo la máscara del republicanismo hacen la política de los monárquicos. La Revolución iniciada el 14 de abril tiene en el proletariado a su único y verdadero defensor. Frente a la Prensa venal republicana, que predica ya el impunismo de los generales reaccionarios, debe alzarse, enérgico y resuelto, el proletariado, para exigir el fusilamiento de los culpables. Que el reciente levantamiento militar sirva de voz de alarma a la clase trabajadora, y que ésta se apreste a luchar resueltamente por las siguientes consignas: el desarme y disolución de la Guardia Civil, el encarcelamiento y ejecución de los jefes monárquicos, la expulsión de las órdenes religiosas, el fusilamiento de Sanjurjo; por la expropiación de los bienes de la Iglesia, por la tierra para los obreros agrícolas y campesinos pobres, por las milicias de obreros y campesinos. No es el gobierno de los terratenientes, financieros y propietarios el que ha de hacer frente a la reacción, a la cual ha alentado con su política de persecución sistemática contra la clase obrera. Es el Partido Comunista el que ha de llevar a cabo esta lucha.

¡Trabajadores: Seguid las consignas del Partido Comunista, ingresad en él!

La Izquierda Comunista española.

La Izquierda Comunista, el mismo día 10, envió a la Prensa un llamamiento concebido en estos términos. En ningún periódico tuvo publicación, a excepción de *La Libertad*, que estimó oportuno decir en dos líneas que la Izquierda Comunista se adhería al Gobierno. La infamia del órgano de March era bien patente para todo comunista honrado. Pero el órgano staliniano, con una mala fe digna de miserables, ha dado veracidad a la infamia para presentarnos como colaboradores del Gobierno. Que la clase trabajadora juzgue acerca de estos métodos de polémica política. Y es lástima que el Partido oficial haya manchado con esta infamia el magnífico número de *Frente Rojo* del día 13.

¿No hay salida para la crisis? (1)

Camaradas: Llegamos a la crisis revolucionaria como base de nuestros actos revolucionarios y debemos registrar dos faltas evidentes y muy corrientes. De una parte, los economistas la estiman como un simple «malaise», según la expresión inglesa. Por otra parte, los revolucionarios se inclinan a menudo a demostrar que esta crisis no tiene salida. Esto es un error, porque no hay ninguna situación sin salida. La burguesía se comporta como un bandido que hubiera perdido la cabeza. Comete tontería tras tontería, hace la situación cada vez más aguda y precipita su propia perdición. Todo esto es cierto, pero no hay ninguna «prueba» de que la burguesía no pueda o bien calmar por concesiones a un cierto número de explotados, o bien ahogar en germen por la fuerza todo levantamiento parcial de los oprimidos. Querer demostrar que la burguesía no tiene salida del callejón no es más que pedantería y gana de jugar con las palabras y con las ideas. Sólo la práctica puede suministrarnos la «prueba».

La sociedad burguesa atraviesa actualmente en el mundo entero una crisis revolucionaria. Los partidos revolucionarios son quienes tienen que «probar» ahora en la práctica que poseen suficiente conciencia de clase, que están organizados y decididos, que permanecen en contacto íntimo con los explotados, de modo que pueden utilizar esta crisis para una revolución fecunda y victoriosa. Para preparar estas «pruebas» estamos aquí reunidos en un Congreso comunista internacional.

Para demostraros cuánto espíritu oportunista existe aun en aquellos partidos que quieren adherirse a la I. C. y qué lejos está todavía de la preparación el trabajo de los diferentes partidos revolucionarios, citaré como ejemplo el libro del líder del Independent Labour Party, R. Mac Donald. En su obra *El Parlamento y la Revolución*, consagrada a los problemas que nos ocupan, describe la situación casi en el sentido de los pacifistas burgueses. Reconoce el hecho de la crisis revolucionaria: que el estado de espíritu revolucionario aumenta constantemente y que la fuerza soviética, la dictadura del proletariado, es preferible a la presente dictadura de la burguesía inglesa. Pero Mac Donald sigue, sin embargo, siendo torpemente un pacifista burgués, un hombre de compromisos, un pequeñoburgués que sueña con

(1) Publicamos en este número el final del discurso de Lenin en el segundo Congreso de la I. C. La primera parte la hemos publicado en el número anterior. Pero ya advertíamos que si bien ambas partes se completan, pueden leerse independientemente. Se refería la primera parte a la situación general del mundo después de la guerra imperialista. La segunda se dedica principalmente a estudiar la relación de fuerzas en el campo obrero y plantea el problema de la lucha contra el socialismo reformista. El discurso tiene hoy la misma actualidad que cuando fué pronunciado. El socialismo sigue siendo fuerte en todos los países, pues bajo la dirección stalinista los Partidos Comunistas no han cumplido su misión; con sus errores y bravatas no han hecho más que reforzar el socialismo. Los problemas a vencer por el proletariado son hoy más complejos que en 1920, porque, además de los obstáculos que antes había hay la crisis, cada día más grave, de la I. C. Es éste un hecho que no se puede soslayar para encontrar el buen camino.

un Gobierno que no sea Gobierno de clase. Mac Donald no ve en la lucha de clases más que «un hecho mal precisado», como todos los mentores, sofistas y pedantes de la burguesía. Mac Donald pasa en silencio las diversas tentativas hechas para constituir Gobiernos «democráticos» que pretendían estar fuera y por encima de las clases; las experiencias de Kerensky, de los mencheviques y socialistas-revolucionarios y las experiencias análogas de Hungría, Alemania, etc. Mac Donald tranquiliza a su partido y a los obreros que tienen la desgracia de ver un socialista en este burgués y un jefe en este filisteo, con estas palabras: «Nosotros sabemos que ellas (es decir, la crisis revolucionaria, las fermentaciones revolucionarias) pasarán y todo volverá a entrar en orden». ¡La guerra debía provocar una crisis, pero una vez acabada la guerra, todo, si no es que no todo a la vez, «volverá a entrar en orden». Esto está escrito por un jefe de partido y por un hombre que quiere adherirse a la Tercera Internacional. Estamos aquí frente a una confesión rara y tanto más preciosa si se tiene en cuenta que este mismo caso se presenta a menudo en las capas superiores del socialismo francés y de los independientes alemanes. No sólo es comprensión lo que falta, sino también voluntad de utilizar la crisis revolucionaria en sentido revolucionario. En otros términos: falta inteligencia y voluntad para realizar en el partido y en toda la clase obrera un verdadero trabajo revolucionario para preparar la revolución proletaria. Es éste el defecto de muchos de los partidos que han salido ahora de la Segunda Internacional. Y por eso yo he atraído la atención sobre las tesis propuestas a este Congreso concernientes a la dictadura del proletariado, y me he esforzado en formularlas lo más exactamente posible.

Un ejemplo todavía: recientemente ha aparecido un nuevo libro contra el bolchevismo. En este momento aparecen una cantidad enorme de libros de este género en Europa y América, y cuanto más aparecen aumenta con más fuerza y rapidez la simpatía entre las masas por el bolchevismo. Quiero hablar del libro de Otto Bauer, *Bolchevismo o Socialdemocracia*. Allí se analiza exactamente para los alemanes el menchevismo, cuyo papel vergonzoso durante la revolución rusa es suficientemente conocido de los obreros de todos los países. Otto Bauer ha escrito un terrible panfleto menchevique, aunque él no confiese abiertamente su simpatía por este partido. Pero es necesario ahora hacer conocer mejor en Europa lo que es menchevismo, puesto que éste se ha convertido en el nombre de todas las tendencias que pretenden pasar por socialistas, socialdemócratas, etc., y que se alzan hostiles frente al menchevismo. Para nosotros sería fastidioso escribir para Europa lo que es el bolchevismo. Otto Bauer lo ha mostrado claramente en su libro y nos mostramos de antemano agradecidos a los escritores burgueses y comunistas que publiquen semejantes obras y las traduzcan a todas la lenguas. Este libro de Bauer completará de una manera útil, aunque singular, los manuales comunistas. Tomad cualquier párrafo de cualquier argumento de Bauer e intentad demostrar por qué son mencheviques y dónde se encuentran las raíces de estas concepciones que en la práctica han alcanzado a las traiciones socialistas de Kerensky, Scheideman, etc. Esto sería para muchos un medio de establecer si han comprendido o no el comunismo. El que no puede resolver este problema no es comunista todavía y más vale que no se adhiera al Partido. (*Aplausos.*)

Otto Bauer ha expresado de una manera excelente en una frase toda la substancia de las concepciones del oportunismo mundial. Por esta frase si nosotros fuéramos las autoridades de Viena le hubiéramos erigido una estatua. Bauer dice que el empleo de la violencia

en la lucha de clases de las democracias modernas significa la violación de las fuerzas sociales.

¿Vosotros encontraréis este pensamiento singular e incomprensible? Esto nos muestra hasta qué punto puede ser desnaturalizado el marxismo y hasta dónde puede bajar la teoría más revolucionaria y cómo puede ser utilizada para defensa de los explotadores. Hacía falta toda la variedad de conocimientos de los filisteos alemanes para llegar a una «teoría» según la cual las «fuerzas sociales» significan el número, la organización, la producción y la distribución; en una palabra: la actividad y la instrucción.

Si el campesino en el campo y el obrero en la ciudad aplican la violencia durante la revolución al terrateniente y al capitalista, eso no significa la dictadura del proletariado, la violación de los explotadores y opresores del pueblo, sino que es la «violación de las fuerzas sociales». Este ejemplo tiene su lado cómico, pues caracteriza bien el oportunismo en su ridícula lucha actual contra el bolchevismo. El asunto más importante y urgente para Europa y América parece ser el arrastrar a la clase obrera, por medio de todos los elementos que piensan en el movimiento menchevista, a luchar contra el bolchevismo. Pero aquí debemos nosotros plantear la pregunta: ¿Cómo explicar la persistencia de ésta en Europa y por qué el oportunismo es más fuerte en Europa occidental que entre nosotros? Es porque los países avanzados han basado siempre su cultura en la explotación de mil millones de oprimidos, es decir, que los capitalistas de los países occidentales se aprovechan más de la explotación de los países extranjeros oprimidos que del robo de los obreros de su propio país. Antes de la guerra los países ricos como Inglaterra, Francia y Alemania realizaban, nada más què por la exportación del capital al extranjero, sin otra fuente de renta, de ocho a diez mil millones por año. Claro está que de esta importante suma se podían apartar quinientos millones para pagar los conductores de obreros, la aristocracia obrera y otros fondos de corrupción. Porque se trataba efectivamente de corrupción. Esta se fomentaba de mil maneras: por el desenvolvimiento de la cultura en los grandes centros, por la fundación de instituciones de educación, por la creación de innumerables funciones para los jefes de las cooperativas, de los sindicatos y para los parlamentarios. Esto pasa en todas las partes donde dominan las relaciones capitalistas modernas. Estos miles de millones constituyen la base económica del oportunismo en el movimiento obrero.

En América, en Inglaterra, en Francia nosotros registramos una mayor fuerza de los jefes oportunistas, de los conductores de obreros y de la aristocracia obrera, que oponen una fuerte resistencia al movimiento comunista. Por eso nosotros debemos esperar que los partidos comunistas de Occidente y de los Estados Unidos se curarán de esa enfermedad más difícilmente que nosotros. Sabemos que desde la fundación de la Tercera Internacional se ha hecho mucho en el dominio de la lucha contra esta enfermedad, pero todavía no hemos alcanzado el punto final. Queda todavía mucho que hacer para limpiar los partidos obreros y los movimientos proletarios del mundo entero de la influencia burguesa y del oportunismo que invade sus medios. No quiero enumerar aquí los medios concretos de lucha; los he enumerado en las tesis publicadas. Aquí sólo tengo la intención de indicar las profundas raíces económicas de este fenómeno.

La enfermedad ha llegado a ser crónica y la curación será más lenta de lo que pensaban los mismos oportunistas. Nuestro principal enemigo es el oportunismo. En las esferas superiores del movimiento

proletario el oportunismo no es proletario, sino que representa el socialismo burgués. Está prácticamente demostrado que los jefes del movimiento obrero que se adhieren a la tendencia oportunista son mejores defensores de la burguesía que los burgueses mismos. Sin la dirección que ellos imprimen al movimiento obrero la burguesía no habría podido mantenerse. Esto es lo que prueba no sólo el régimen de Kerensky en Rusia, sino también la República democrática alemana con su Gobierno socialdemócrata y las relaciones de Albert Thomas con su Gobierno burgués. Por otra parte, fácilmente puede demostrarse lo mismo con las experiencias análogas de Inglaterra y América. El es nuestro principal enemigo y a él se trata de vencer. Es necesario que dejemos este Congreso con la resolución de llevar hasta el fin esta lucha en todos los partidos. Esa es nuestra principal tarea. En comparación con este trabajo, la corrección de las faltas de «izquierda» en nuestros partidos es cosa fácil. En toda una serie de países se va abriendo camino un antiparlamentarismo que está menos representado por los pequeñoburgueses que por la vanguardia del proletariado. Los que pertenecen a esta tendencia manifiestan un odio al viejo parlamentarismo, un odio contra la actitud de los jefes parlamentarios en países como Francia, Inglaterra e Italia. La Internacional Comunista debe publicar sus directivas; es necesario que familiarice a todos los camaradas con la experiencia rusa y que haga conocer mejor la importancia de un partido político verdaderamente proletario. Ese es el objeto de nuestro esfuerzo. La lucha contra estos defectos y errores del movimiento proletario será mil veces más fácil que la lucha contra los burgueses que, como los reformistas de los viejos partidos, se adhieren a la Segunda Internacional y dirigen la acción de sus partidos más en sentido burgués que proletario.

Camaradas: Finalmente quisiera atraer vuestra atención sobre un punto. El presidente ha dicho que este Congreso merecía el nombre de Congreso mundial. Yo creo que tenía particularmente razón al decirlo, puesto que hay aquí presentes un gran número de representantes de los movimientos revolucionarios coloniales y de los países atrasados. Esto es sólo un débil comienzo, pero es muy importante el comenzar. En este Congreso se hace la unión de los proletarios revolucionarios de los países capitalistas avanzados con las masas revolucionarias de los países donde no hay proletariado o casi no lo hay, con las masas oprimidas de los países coloniales de Oriente. Y depende de nosotros—estoy convencido de que lo haremos—el hacer duradera esta unificación. El imperialismo mundial se desplomará cuando el asalto revolucionario de los obreros explotados y oprimidos que se alzan en el interior de cada país contra los elementos burgueses y contra la aristocracia obrera se funda al asalto revolucionario de millones de trabajadores que hasta el presente estaban fuera de la historia y no figuraban más que como víctimas. La guerra imperialista ha favorecido la revolución; la burguesía ha hecho venir soldados de las colonias y de los países atrasados. La burguesía inglesa ha persuadido a los soldados hindúes que le interesaba al campesino hindú el defender la Gran Bretaña contra el ataque alemán; la burguesía francesa ha intentado convencer a sus coloniales que era de gran interés para los negros el salvar a Francia. Se les ha enseñado a manejar las armas. Es un aprendizaje muy útil y nosotros debemos por ello expresarle nuestro agradecimiento a la burguesía—el agradecimiento de los obreros y campesinos rusos y, en particular, el del Ejército Rojo. La guerra imperialista ha arrastrado a la historia mundial a los pueblos dependientes. Ahora es una

de nuestras tareas principales ver dónde convendrá colocar la primera piedra del edificio soviético en los países no capitalistas.

Los Soviets en esos países son posibles. No serán consejos de obreros, sino consejos de campesinos o artesanos. Esto exigirá grandes esfuerzos. Habrá muchas dificultades y son inevitables los errores.

La tarea primordial del segundo Congreso es laborar o indicar las bases prácticas para que el trabajo de propaganda, llevado hasta ahora entre millones de hombres de una manera desorganizada, se desenvuelva en lo sucesivo de una manera organizada y sistemática. Un año después, aproximadamente, del primer Congreso de la I. C., podemos ya levantarnos ante el segundo como triunfadores. Las ideas soviéticas no sólo se han extendido entre los obreros de los países civilizados y no sólo son comprendidas y aceptadas por ellos: en todos los países los obreros se burlan de los malignos, entre los cuales figuran gran número de los llamados socialistas, que resuelven científicamente la cuestión del «sistema de los Soviets», como dicen los alemanes, o la «idea soviética», como dicen los socialistas ingleses de la «Gilde». Estas soluciones del «sistema de los Consejos» o de la «idea soviética» no tiene más objeto que cegar a los obreros. Pero los obreros no se dejarán coger y derribarán el obstáculo, apoderándose del arma que le han aportado los Soviets. El papel y la importancia de los Soviets es igualmente comprendido ahora por los obreros de los países orientales.

El movimiento de los Soviets ha comenzado ahora en todo el Este, en todo el Asia, en todos los pueblos coloniales. Es fácil comprender que el explotado debe formar Soviets para alzarse contra el opresor. Después de nuestra experiencia, después de dos años y medio de existencia de la República soviética en Rusia, después del primer Congreso de la Tercera Internacional, millones de explotados del mundo entero se han impregnado de esta verdad, y cuando a veces nos vemos obligados en Rusia a establecer compromisos porque somos más débiles que los imperialistas internacionales, sabemos, sin embargo, que defendemos los intereses de mil doscientos cincuenta millones de hombres. Por el momento aun nos encontramos en presencia de los obstáculos que nos oponen los prejuicios y la ignorancia que van cada día entrando en el dominio del pasado. Pero se puede afirmar que nosotros representamos efectivamente y defendemos al setenta por ciento de la población mundial, a toda la masa de los productores y explotados. Podemos decirlo con orgullo: en el primer Congreso no éramos en realidad más que propagandistas; habíamos comunicado al proletariado mundial nuestras ideas fundamentales, le llamábamos a la lucha y le preguntábamos: ¿Dónde están los hombres capaces de emprender este camino? Hoy tenemos por todo el mundo un proletariado avanzado. Por todas partes existe, aunque no perfectamente organizado, es cierto, un ejército proletario, y cuando nuestros camaradas internacionales nos hayan ayudado a constituir un ejército único nada podrá impedirnos el llevar esta obra a buen fin. Esta obra es la revolución proletaria mundial; consiste en fundar la República Mundial. (*Aplausos prolongados.*)

La situación revolucionaria alemana y los últimos acontecimientos

Después de las elecciones al Reichstag

El resultado de las elecciones alemanas ha sido el mejor que cabía esperar, dada la actual situación de las fuerzas políticas. Para nosotros lo más importante es que se haya manifestado entre la clase obrera un desplazamiento hacia el comunismo. Esto hay que interpretarlo como que la clase obrera empieza a perder la fe en la socialdemocracia y a comprender que la actual situación ha de resolverse en el terreno de la más intransigente lucha revolucionaria, sin que quepa ninguna fórmula de conciliación democrática. Atada al carro democrático estuvo y está la clase obrera alemana, perdiendo un tiempo precioso, que aprovecha el fascismo para ir ganando terreno. Por causa de la socialdemocracia está la clase obrera paralizada y sin desplegar ninguna actividad revolucionaria. Metida por el partido socialista en una estúpida e imposible defensa de la democracia parlamentaria, el proletariado ha ido cediendo posición tras posición. La defensa de la democracia significaba el apoyo a partidos conservadores y ferozmente antiobreros, apoyo que la socialdemocracia pretendía justificar, como si ello fuera un mal menor que el fascismo. Desde 1930, y muy especialmente desde marzo del presente año, ha vivido el proletariado alemán una intensa experiencia democrática y ha visto de la forma más palpable lo criminales que resultan esta clase de ilusiones. Para defender la democracia ha habido que apoyar la dictadura del católico Brüning, ha habido que apoyar la candidatura del militarote monárquico Hindenburg, y todo para que el fascismo esté más arrogante que nunca y amparado por aquellos a quienes el proletariado elevó al Poder. La perspectiva que la socialdemocracia ha presentado al proletariado es la de apoyar la política de unos u otros para librarse del fascismo, como si no tuviera soluciones propias y una política propia. La política del proletariado es la política revolucionaria y la solución en el momento actual de Alemania es ir de la lucha contra el fascismo al triunfo de la revolución proletaria. En cuanto indica que la clase obrera se orienta en este sentido tiene una gran importancia la pequeña victoria del Partido Comunista alemán.

Si en lugar de este desplazamiento del socialismo al comunismo se hubiera observado el fenómeno inverso, sería un síntoma catastrófico. El socialismo nos lo pintaría como un triunfo de la democracia y podría decirles con éxito una vez más a los obreros que no había que ir a la lucha. Aun cuando Von Papen dió hace semanas el golpe de Estado en Prusia destituyendo al Gobierno y declarando el estado de guerra, no quiso la socialdemocracia ir a la lucha, a pesar de que los obreros pararon en las fábricas esperando la orden de huelga. Todo el que hable en este momento de ir a la huelga—ha dicho el partido socialista alemán—debe ser considerado como un provocador, pues el golpe de Estado de Von Papen iba en el fondo dirigido a estropear

la campaña electoral. Pero aunque esto es cierto, ¿por qué aplazar la lucha? ¿Qué se puede esperar de las elecciones? Las elecciones no han servido, ni en este momento podrían servir, para crear una situación política medianamente estable tan siquiera. Lo único que permiten es formarse idea de la relación de fuerzas. Pero ni antes ni después de las elecciones está la solución en el Parlamento, sino que está en la calle. Es por medio de una lucha despiadada y a muerte como puede vencer el proletariado a la canalla fascista, que—digámoslo de paso—cuenta hoy con el apoyo y la simpatía de la burguesía mundial. La burguesía—aun la democrática—sabe que Alemania está entre la revolución proletaria y el fascismo y, naturalmente, no puede vacilar.

¿Qué parte ha tenido la dirección del Partido Comunista en su triunfo? No mucha, pero alguna tuvo. Hasta ahora el Partido no ha hecho más que retroceder. Cada derrota tenía un efecto deprimente en el proletariado y acentuaba la desbandada en la vez siguiente. Esto se ha podido observar en todas las elecciones anteriores. A causa de la táctica absurda del Partido el proletariado se perdía en los vericuetos democráticos a la busca de una solución. En período ascendente de la revolución se puede decir que el Partido, con sus tácticas burocráticas y su fingido radicalismo, expulsaba de sus filas al proletariado. Bastó un pequeño cambio de táctica en un momento favorable—ya hubiera anteriormente mil ocasiones favorables que por no haber sido aprovechadas se tradujeron en retrocesos del proletariado—para que el Partido experimentase un ascenso. Bastó que el Partido se fuera orientando torpe y malamente en el sentido del frente único, en un momento las provocaciones fascistas y del Gobierno con la pasividad de la socialdemocracia descubrieron una vez más al proletariado el engaño democrático, para que el proletariado empezara a orientarse hacia el Partido Comunista. El cambio de táctica lo empezó el partido haciendo proposiciones parciales de frente único todas llenas de dobleces y de segundas intenciones. Pero, por otra parte, los obreros hacían el frente único espontáneamente por la necesidad de luchar y defenderse en común de las bandas fascistas. El Partido en este sentido fué progresando hasta proponer manifestaciones comunes y, por último, una proposición general de frente único. Tales son las causas de la pequeña victoria que ha registrado el partido.

La voluntad de unirse y de luchar es enorme en este momento entre el proletariado alemán. Los socialistas rechazaron la proposición comunista de frente único. Es natural. Para conseguir el frente único—y el Partido no estará bien orientado en cuanto no lo haga—es menester, además de las proposiciones generales, hacer el frente único en cada una de las ocasiones que se presente. De esta manera la socialdemocracia tiene que acabar aceptando, o si no acepta es lo mismo, porque se consiguen los resultados del frente único. En todo caso, de no aceptarlo quien saldría perdiendo sería la socialdemocracia, pues el obrero socialista se encontraría con que luchaba con los comunistas contra el fascismo, y en cierto modo bajo las consignas comunistas, a la vez que tenía que actuar contra la voluntad de sus jefes. En este caso el ser socialista perdía sentido. De la política de frente único sólo beneficios puede sacar el proletariado y el Partido Comunista en cuanto es el partido revolucionario del proletariado.

A la luz de los hechos y sobre la base de la lucha revolucionaria más intensa la Izquierda Comunista Internacional está obteniendo una de sus más brillantes victorias y demostrando que es la única tendencia del comunismo que posee una línea política firme y revo-

lucionaria. A la luz de los hechos está demostrando la Izquierda Comunista que es la vanguardia del Partido y, por consiguiente, del proletariado. No hay que olvidar que si no es por la intervención de la Izquierda Comunista—o, más concretamente, de Trotsky, pues esta es una victoria personal de Trotsky—el Partido Comunista alemán, con la complicidad de la I. C., iba en línea recta hacia la deserción y se disponía a ceder sin combate el terreno al fascismo. En noviembre del pasado año decían los dirigentes del Partido alemán que si el fascismo subía al Poder se «gastaría» antes que cualquier otro Gobierno y triunfaría después la revolución proletaria. Con ello se daba a entender que el Partido estaba dispuesto a dejar subir el fascismo al Poder. Todavía ayer se decía que los «trotskistas» habían puesto de moda la situación alemana. Aun hoy, cuando todas las clases sociales de todos los países vuelven los ojos hacia Alemania, la I. C. está cobardemente callada. Gracias a la lucha intransigente de la Izquierda Comunista se ha iniciado un viraje en el Partido alemán y empiezan a palparse los resultados. No hay que olvidar que el Partido alemán iba derecho a la claudicación. Después de las elecciones la misma burguesía está un poco perpleja y empieza a temer si no levantará la cabeza el proletariado alemán. Esta cuestión no es el destino quien ha de decidirla, sino la buena o la mala política revolucionaria. Ahora se ve bien lo que dijo Trotsky: que la clave de la situación es el partido comunista alemán.

COMUNISMO.

Bonapartismo y Fascismo

Tratemos de representarnos brevemente lo que ha ocurrido en Alemania y donde estamos.

Gracias a la socialdemocracia, el Gobierno Brüning disponía del apoyo del Parlamento para gobernar por medio de decretos-leyes. Los jefes socialdemócratas decían: «De esta manera cerramos el camino del Poder al fascismo.» La burocracia stalinista decía: «No, el fascismo ha triunfado ya; el régimen Brüning es ya el fascismo.» Tanto unos como otros tenían una posición falsa. Los socialdemócratas hacían pasar el retroceso pasivo ante el fascismo por un combate contra el fascismo. Los stalinianos presentaban las cosas como si la victoria del fascismo fuera un hecho realizado. La fuerza combativa del proletariado era minada por dos lados, y la victoria del enemigo facilitada y abreviada.

En su tiempo hemos definido al Gobierno Brüning como *bonapartismo* («caricatura del bonapartismo»), es decir, como un régimen de dictadura militar policíaca. Cuando la lucha entre dos campos sociales—los poseedores y los proletarios, los explotadores y los explotados—alcanza la más alta tensión, se establecen las condiciones para la dominación de la burocracia, de la Policía y de la soldadesca. El Gobierno se hace *independiente* de la sociedad. Recordemos una vez más lo siguiente: si se colocan simétricamente dos tenedores en un corcho, éste podrá mantenerse incluso sobre una cabeza de alfiler. Este es precisamente el esquema del bonapartismo. Naturalmente, un Gobierno así no deja de ser el criado de los poseedores. Pero el criado está sentado sobre el espinazo del amo, le aprieta la nuca y no le importa frotarle, si es necesario, la cara con su bota.

Se podía suponer que Brüning se mantendría hasta la solución definitiva. Pero en la marcha de los acontecimientos se ha intercalado todavía un miembro: el Gobierno Papen. Si queremos ser precisos, debemos hacer una rectificación a nuestra definición anterior: el Gobierno Brüning era un Gobierno prebonapartista. Brüning no era más que un predecesor. Bajo una forma evolucionada, el bonapartismo ha entrado en escena en la persona del Gobierno Papen-Schleicher.

¿Dónde reside la diferencia? Brüning afirmaba no conocer mayor felicidad que *servir* a Hindenburg y al párrafo 48. Hitler sostenía con el puño la cadera derecha de Brüning. Pero con el codo izquierdo Brüning se apoya en la espalda de Wels. En el Reichstag, Brüning tenía una mayoría que le evitaba la necesidad de contar con éste.

A medida que aumentaba más la independencia de Brüning con respecto al Parlamento, tanto más la cúspide de la burocracia se sentía independiente de Brüning y de los grupos políticos que se mantenían detrás de él. No le quedaba más que romper definitivamente los lazos con el Reichstag. El Gobierno von Papen ha salido de una concepción burocrática inmaculada. Por el codo derecho se apoya sobre la espalda de Hitler. Con su puño policíaco se mantiene contra el proletariado. En esto consiste el secreto de su *estabilidad*, es decir, de que no haya caído en el momento de su creación.

El Gobierno Brüning tenía un carácter clericalburocráticopolicíaco. La Reichswehr quedaba todavía en reserva. Al lado de la Policía, el «Frente de Hierro» servía como sostén inmediato del orden. En la eliminación de la dependencia del Frente de Hierro consistía precisamente la esencia del golpe de Estado Hindenburg-Papen. Los generales pasaban con esto a primera fila.

Los líderes socialdemócratas se han presentado como completamente engañados. Es también lo que les conviene en período de crisis social. Los intrigantes pequeñoburgueses parecen inteligentes cuando llegan circunstancias en que la inteligencia no es necesaria. Ahora, por la noche, se cubren la cabeza con la colcha, sudan y esperan un milagro: puede que finalmente se pueda salvar, no sólo la cabeza, hasta los muebles más frágiles y los pequeños ahorros domésticos. Pero no habrá milagros...

Desgraciadamente, el Partido Comunista ha sido también completamente sorprendido por los acontecimientos. La burocracia stalinista no ha habido prever nada. Hoy Thaelman-Remmelé y otros hablan a cada paso del «golpe de Estado del 20 de julio». Primero afirman que el fascismo estaba ya y que hablar como de una cosa del porvenir sólo podían hacerlo los «trotskistas contrarrevolucionarios». Ahora descubren que para pasar de Brüning a Papen—no a Hitler, sino únicamente a Papen—fué necesario todo un golpe de Estado. Pero el contenido de clase de Severing, Brüning e Hitler nos dicen estos sabios que es «el mismo». Entonces, ¿por qué el golpe de Estado, y con qué fin?

La confusión no se detiene en esto. Aunque la diferencia entre el bonapartismo y el fascismo esté ahora bastante claramente aclarada, Thaelmann, Remmelé y otros hablan del golpe de Estado *fascista* del 20 de julio. Al mismo tiempo ponen en guardia a los obreros contra el peligro que avanza del asalto hitleriano, es decir, igualmente fascista. Finalmente, la socialdemocracia es calificada, como antes, de socialfascista. Los acontecimientos que se desarrollan se reducen a esto: que las variedades diferentes del fascismo se arran-

can unas a otras el Poder por medio de golpes de Estado «fascistas». ¿No está bien claro que toda la teoría staliniana ha sido creada precisamente para obstruir el cerebro humano?

Cuando menos preparados estaban los obreros, tanto más la aparición del Gobierno Papen sobre la escena debía despertar la impresión de la fuerza: completa ignorancia de los partidos, nuevos decretos-leyes, disolución del Reichstag, represalias, estado de guerra en la capital, abolición de la *democracia prusiana*. ¡Y con qué facilidad! Se mata al león con bala; se mata a las pulgas entre las uñas, se expulsa a los ministros socialdemócratas con un papirotazo.

Sin embargo, el Gobierno Papen es «en sí y por sí», a pesar del aspecto de una fuerza concentrada, todavía más débil que su predecesor. El régimen bonapartista no puede adquirir un carácter relativamente estable y durable más que en el caso en que cierre una época revolucionaria; cuando las relaciones han sido ya experimentadas en la lucha; cuando las clases revolucionarias se han gastado ya, pero las clases poseedoras todavía no han perdido el miedo de que el mañana no traiga consigo nuevas sacudidas. Sin esta condición fundamental, es decir, sin el agotamiento preliminar de la energía de las masas en la lucha, el régimen bonapartista no puede desarrollarse.

Con el Gobierno Papen, los barones, los magnates capitalistas, los banqueros, han emprendido una tentativa para asegurar su causa por medio de la Policía y del Ejército regular. La idea de dar todo el poder a Hitler, que se apoya sobre las bandas ávidas y desencadenadas de la pequeña burguesía, no les satisface. Ellos no dudan, naturalmente, que Hitler será, en último resultado, un instrumento dócil a su dominio. Pero todo esto está ligado a sacudidas, a los peligros de una larga guerra civil y a enormes gastos inútiles. Indudablemente, como nos lo enseña el ejemplo de Italia, el fascismo conduce finalmente a una dictadura militar burocrática de tipo bonapartista. Pero aun en el caso de una victoria total, necesita para ello una serie de años: en Alemania, un período mucho mayor que en Italia. Está claro, por lo tanto, que las clases conservadoras prefieren un camino más económico, el de Schleicher, y no el de Hitler. Esto sin referirnos a que el propio Schleicher se ha tomado la delantera.

El hecho de que el origen de la existencia del Gobierno Papen resida en la neutralización de campos no conciliables no significa en modo alguno que las fuerzas del proletariado revolucionario y las de la pequeña burguesía reaccionaria estén equilibradas en la balanza de la Historia. Toda la cuestión es del dominio de la política. Por la mecánica del Frente de Hierro, la socialdemocracia paraliza al proletariado: por la política del ultimatismo insensato, la burocracia staliniana obstaculiza a los obreros la salida revolucionaria. Con una justa dirección del proletariado, el fascismo sería aniquilado sin gran dificultad, y en cuanto al bonapartismo, no quedaría rendijas por donde introducirse. Desgraciadamente, la situación no es ésta. La fuerza paralizada del proletariado adquiere la forma engañosa de un poder de la pandilla bonapartista. En esto reside la fórmula política de hoy.

El Gobierno Papen no representa más que el punto en que se cruzan grandes fuerzas históricas. Su propio peso es casi nulo; por esto, y nada más que por esto, se explica que, hasta ahora, en los actos del Gobierno, a una parte de audacia se añadan dos partes de cobardía. Con respecto a Prusia, es decir, a la socialdemocracia, el Gobierno siguió un juego seguro: sabía que estos señores no le

opondrían ninguna resistencia. Pero después que hubo disuelto el Reichstag decretó nuevas elecciones y no se atrevió a aplazarlas. Después de la proclamación del estado de guerra se apresuró a explicar: esto facilitará la capitulación sin combate de los jefes socialdemócratas.

¿Qué sucede, en tanto, con la Reichswehr? No la olvidamos. Engels designa al Estado como formaciones de hombres con atributos materiales en forma de prisiones, etc. En lo que se refiere al Poder del Gobierno actual, se puede decir que sólo la Reichswehr existe realmente. Pero la Reichswehr no representa en modo alguno un instrumento dócil y seguro en manos de ese grupo de agentes que están al frente de ella y entre los cuales se encuentra Papen. En realidad, el Gobierno no es más que una especie de Comité político cerca de la Reichswehr.

Sin embargo, a pesar de toda su preponderancia sobre el Gobierno, la Reichswehr no puede pretender que tiene un papel político propio. Cien mil soldados, por muy bien disciplinados y templados que estén (lo que todavía está por probar), no pueden mandar a una nación de sesenta y cinco millones de seres, desgarrada por las más profundas contradicciones. La Reichswehr no representa más que un elemento; pero un elemento no decisivo en el juego de fuerzas.

El nuevo Reichstag no refleja mal en su género esta situación política del país que ha conducido a la experiencia bonapartista. Un Parlamento sin mayoría, con fracciones inconciliables, representa un argumento evidente e irrefutable en favor de la *dictadura*. Una vez más se señalan con toda evidencia los límites de la democracia. Allí donde se trata de los fundamentos de la misma sociedad no es la aritmética parlamentaria la que decide, sino el combate.

No intentaremos adivinar desde lejos por qué caminos en los días próximos pasarán las tentativas de reconstrucción del Gobierno. Nuestras hipótesis vienen de todas formas con retraso, y, además, las formas de transición y las combinaciones no resuelven la cuestión. Un bloque de las derechas con el centro significaría «la legalización» de la llegada al Poder de los nacionalsocialistas, es decir, la máscara más apropiada para el golpe de Estado fascista. La relación de fuerzas que se establecerán en los primeros tiempos entre Hitler, Schleicher y los dirigentes del centro es más importante para ellos mismos que para el pueblo alemán. Políticamente, todas las combinaciones imaginables con Hitler significarían la disolución en el fascismo de la burocracia, de la justicia, de la Policía y del Ejército.

Si se admite que el centro no entre a formar parte de una coalición, en la que pagará al precio de la ruptura con sus propios obreros, el papel de freno en la locomotora hitleriana, no quedará entonces en este caso más que el solo camino extraparlamentario franco. Una combinación sin el centro aseguraría todavía más fácil y rápidamente la preponderancia de los nacionalsocialistas. Si éstos no se unen en seguida con Papen, y si al mismo tiempo no pasan a la ofensiva inmediata, el carácter bonapartista del Gobierno deberá aparecer todavía con mayor agudeza: von Schleicher tendrá sus «cien días»..., sin los años napoleónicos transcurridos.

Cien días, no; nosotros damos demasiado plazo. La Reichswehr no decide. Schleicher no es bastante. La dictadura extraparlamentaria de los *junkers* y de los magnates del capital financiero no puede asegurarse más que por los métodos de una guerra civil larga e

implacable. ¿Podrá Hitler llevar a cabo esta tarea? Esto no depende sólo de la mala voluntad del fascismo, sino también de la voluntad revolucionaria del proletariado.

L. TROTSKY.

Prinkipo, 4 de agosto de 1932.

En torno al viraje del Partido Comunista alemán

La Oposición Comunista de Izquierda ha seguido en sus publicaciones paso a paso la situación de Alemania; la ha caracterizado debidamente. Puede resumirse su posición a lo siguiente: En la guerra civil desencadenada actualmente en Alemania se necesita que la vanguardia proletaria, el Partido Comunista, desarrolle una política justa de frente único obrero contra el fascismo (frente único de organización a organización); conquistar así el papel dirigente de las masas de trabajadores en su lucha a muerte con el fascismo y encaminarse a la ofensiva. Trotsky ha señalado la tarea claramente: «Del frente único en nombre de la defensiva, a la conquista del Poder bajo la bandera del comunismo.» Este frente único de *organización a organización* (el único posible hablando seriamente, ya que el frente único *en la base*, y nada más que en la base, bajo la dirección previamente reconocida del Partido, es un frente único del Partido consigo mismo, que lo aisla de las masas encuadradas en otras organizaciones) sirve en primer término para aplastar al fascismo (nadie duda de que los obreros comunistas y socialdemócratas unidos destrozarán al fascismo si a ello se aprestan), y, simultáneamente, en segundo lugar, para destruir la influencia de la socialdemocracia en las filas proletarias, conquistando el papel dirigente nuestro Partido en la lucha antifascista, porque la direección se conquista y no se impone previamente. El frente único no es para nosotros sinónimo de fusión o «bloque», como malintencionadamente dicen los stalinianos, sino un arma de lucha, y su aplicación la concebimos según Lenin y Marx: «Marchar separadamente y combatir juntos.» Tampoco es para nosotros una abstracción más o menos sentimental que se anteponga a toda otra consideración de la política revolucionaria. Nosotros queremos que el Partido Comunista dirija al proletariado, y decimos que el frente único de organización a organización, con proposiciones prácticas de lucha antifascista y su realización audaz, es el medio exclusivo de que dispone nuestro Partido para conseguir la dirección y desenmascarar la capitulación de la socialdemocracia ante el fascismo. Trotsky lo ha expresado con palabras verdaderamente insubstituíbles: «Desde que las masas se separan de la dirección reformista, los acuerdos con esta última pierden todo sentido. Perpetuar el frente único significaría no comprender la dialéctica de la lucha revolucionaria y transformar el frente único, de trampolín, en barrera.»

Lo que ha constituído un obstáculo insuperable para llevar a cabo esta política acertada de frente único ha sido la famosa «teoría» del socialfascismo. Stalin la esquematizó con la mayor consecuencia. Palabras suyas son: «El fascismo es la organización de combate de la burguesía que se apoya en la ayuda activa de la socialdemocracia. La socialdemocracia es objetivamente el ala moderada del fascismo.» Indudablemente el fascismo es una organización de combate de la burguesía, y esta última se apoya en la socialdemocracia, de donde se deduce que fascismo y socialdemocracia son instrumentos de la gran burguesía. Pero resulta totalmente incomprensible que la socialdemocracia se convierta al mismo tiempo en el «ala moderada» del fascismo. He aquí otra definición de Stalin no menos instructiva: «El fascismo y la socialdemocracia no son enemigos, sino hermanos gemelos.» Pues bien; ambas manifestaciones sirvieron de punto de partida a las investigaciones de la *Rote Fahne* sobre el *socialfascismo*. Todo esto dió lugar a considerar que para luchar contra el fascismo había que dirigir los principales ataques contra la socialdemocracia. Y se llevó tan bien a la práctica que durante todo un período se luchó casi exclusivamente contra la socialdemocracia, olvidándose hasta de los fascistas y aun marchando del brazo con éstos, como cuando votaron el Plebiscito prusiano. Así lo prueban las siguientes palabras de Thaelmann: «Nos habíamos acostumbrado admirablemente, en nuestra propaganda, a seguir una lucha demostrativa dirigida demasiado exclusivamente contra la socialdemocracia, obstáculo principal a la revolución proletaria, y por eso uno de los apoyos más sólidos de la burguesía en el seno del movimiento obrero; y en nuestras intervenciones exteriores —subrayo *exteriores*—hemos llegado a veces incluso a olvidar al capitalismo y a la burguesía.» (Informe de Thaelmann en la XI sesión plenaria del C. E. de la I. C.). Y también: «Pero, camaradas, es imposible combatir al socialfascismo, en todo caso la lucha contra él se hace extraordinariamente difícil, si no se moviliza de una manera ofensiva y sistemática a los obreros socialdemócratas para la lucha contra el fascismo bajo la dirección del Partido Comunista.» (Ibídem.) Lo que indica claramente que la lucha contra el fascismo estaba relegada a segundo plano y se especulaba sobre ella para facilitar la lucha contra el *socialfascismo*.

Consecuentemente a semejante caracterización se consideraba que bajo el Gobierno Brüning se realizaba ya la dictadura fascista. Véanse si no las siguientes palabras del mismo informe: «Aun en el VI Congreso mundial no podíamos hacer formulaciones definitivas en nuestro programa sobre el desarrollo del fascismo; por ejemplo, el proceso de Alemania, en el que comprobamos la realización de la dictadura fascista, aunque un partido fascista de masas se halla fuera del Poder y no tiene oficialmente a sus hombres en el Gobierno del Reich.» Naturalmente, si la dictadura fascista era ya un hecho y la socialdemocracia era un partido fascista «moderado», el que Hitler subiera al Poder no variaba en nada las cosas ni alteraba la línea política de lucha contra la socialdemocracia, a la que sigue la mayoría del proletariado organizado. De ahí la capitulación ante el fascismo, que nadie expresó mejor que Remmele, uno de los tres jefes oficiales del Partido Comunista alemán. El 14 de octubre de 1931 decía en el Reichstag: «El Sr. Brüning lo ha dicho con toda claridad: cuando ellos (los fascistas) estén en el Poder, la unidad de frente del proletariado se realizará y lo barrerá todo. (*Aplausos tempestuosos de los comunistas.*) Nosotros somos los vencedores de mañana, y ya no se plantea la cuestión de quién será aplastado. Este problema ya está resuelto. (*Aplausos de los comunistas.*) Sólo falta saber en qué momento aplastaremos a la burguesía... No nos asustan los señores fascistas: se gastarán más pronto que cualquier otro Gobierno. (*Evidente, en los bancos comunistas.*).» Se descontaba, pues, la toma del Poder por Hitler y se confiaba en derribarlo después. En cuanto a organizar la acción que impidiese el acceso al

Poder del fascismo, se consideraba irrealizable, encubriendo esta capitulación con frases jactanciosas. Entretanto, viendo los progresos del fascismo con su demagogia, la burocracia del Partido adopta algunas posiciones de aquél con su consigna de «revolución popular» y su nacionalismo extremo, en rivalidad con los nacionalsocialistas, manifestado en sus consignas de «liberación nacional», «¡Abajo el Tratado de Versalles!».

Bajo la presión de las masas y de la crítica de la Oposición Comunista de Izquierda, el Partido Comunista alemán lanzó la consigna de aplastar al fascismo antes de su llegada al Poder; pero el viraje no pasó de ahí en el primer momento. La política de frente único no sufrió modificación, si puede considerarse como tal política la que informa el frente único rojo (por la base). Prácticamente se notó el nuevo rumbo en una lucha más enconada con los *nazis*; pero sin abandonar la «teoría» del socialfascismo y las consecuencias estratégico-tácticas que se derivaban de tal premisa. La fraseología era, eso sí, más confusa y las consignas más ambiguas. Síntomas eran éstos de la proximidad de un viraje hacia la política justa.

En la *Carta a los obreros alemanes*, Trotsky, abogando por el frente único contra el fascismo, establecía una analogía histórica entre la lucha contra Kornilov en la Rusia de 1917 y la lucha contra el fascismo en la Alemania actual, recordando la táctica seguida por los bolcheviques en aquellas memorables jornadas. Y Trotsky deducía de aquella enseñanza: «Ahora hay que realizar un cambio de frente contra el fascismo. Y este frente de lucha directa contra el fascismo común a todo el proletariado debe utilizarse para un combate de flanco, pero tanto más eficaz, contra la socialdemocracia.» La *Rote Fahne* del 22 de diciembre replicó de esta manera: «Trotsky ha hecho una comparación falaz entre la lucha de los bolcheviques durante la insurrección reaccionaria de Kornilov a principios de septiembre de 1917 — cuando los bolcheviques luchaban contra los mencheviques por la mayoría en el seno de los Soviets, inmediatamente antes de la situación revolucionaria aguda, cuando los bolcheviques, armados en la lucha contra Kornilov, atacaban simultáneamente a Kerensky «por el flanco»—con la «lucha» actual de Brüning «contra» Hitler. Trotsky presenta así el apoyo a Brüning y al Gobierno prusiano como el mal menor.» Naturalmente, hay en este pasaje una adulteración, intencionada sin duda, pues Trotsky no comparaba la lucha de los bolcheviques contra Kornilov con la de Brüning contra Hitler. La analogía era Kerenski contra Kornilov y Brüning contra Hitler; bolcheviques contra Kornilov y Partido Comunista alemán contra Hitler. Justo es decir que la intención no hace sino aumentar la estupidez de la adulteración.

Pero, en fin, el mismo secretario general del Partido Comunista alemán había de recoger más tarde la misma comparación para aplicarla con menos precisión, es verdad, a la situación alemana. La «falacia» desapareció al pasar por las manos burocráticas de Thaelmann. Veamos cómo fué. En junio pasado, por la presión de los obreros y la penetración de las ideas de la oposición, la dirección del Partido Comunista alemán se vió forzada a efectuar el viraje en el problema del frente único, aunque de una manera confusa y poco sincera. Remmele pronunció un discurso en Teltow, del que recogemos este extracto, según la *Rote Fahne* de 17 de junio: «Después de las elecciones de Prusia, una voluntad poderosa de lucha contra el fascismo se manifestó en el seno de la clase obrera. En su discurso en el Palacio de los Sports, nuestro camarada Thaelmann ha declarado a todos los obreros: «Nosotros, comunistas, queremos el frente único en la lucha contra el fascismo y por las reivindicaciones obreras *con toda organización* dispuesta a luchar. Nosotros no planteamos el problema del frente único de una manera formal. Sólo ponemos una condición; es una condición decisiva, en efecto: nosotros exigimos la *lucha verdadera* contra el fascismo y por los obreros.

«La Historia ha conocido una situación semejante en la lucha de la clase obrera rusa. *Cuando la insurrección de Kornilov amenazaba*, los bolcheviques se hicieron armar por el Gobierno de Kerenski, y Kornilov fué derrotado. De la victoria sobre Kornilov salió la Revolución de Octubre victoriosa y el Poder de los Soviets. El Gobierno de von Papen legaliza de nuevo las bandas fascistas y desencadena los asesinatos y la ola de crímenes contra los obreros. Nosotros pedimos a Severing y a Grezinsky la abolición de los decretos-leyes que encadenan a la clase obrera. Yo pregunto a los obreros socialdemócratas: ¿si 700 u 800.000 obreros socialistas y comunistas hacen una manifestación en Berlín, qué será del Gobierno von Papen? Yo pregunto: ¿qué obrero socialdemócrata se opone a que Severing levante la prohibición de la Unión de los Combatientes Rojos?...»

La condición que se pone como decisiva para el frente único, de lucha *verdadera* contra el fascismo y por los obreros, indica la confusión que todavía reina en las eminencias del Partido. El frente único no quiere decir que se confíe en los aliados provisionales que lo integran. Si fuera menester la confianza previa se explicaría la condición. Pero no hay nada de eso; sabemos, por el contrario, que los dirigentes socialdemócratas y los funcionarios reformistas (una buena parte de ellos al menos) vacilarán y hasta sabotearán la lucha. Y de eso se trata: de desenmascararlos y destruir su influencia en las filas del proletariado. Realizado el frente único, hay que vigilar al aliado provisional como a un enemigo, o, si se quiere, como a un amigo nada seguro, controlando a la vista del proletariado las tareas señaladas en la lucha común. Lo demás no sería un frente único: sería una fusión, un bloque. Respecto a que la lucha sea llevada por los obreros es hasta una ofensa para éstos. Por la presión que ellos ejercen se está realizando en toda Alemania un frente único provisional en la práctica, aunque, claro está, carente de una organización adecuada y de centralización. Que el Partido comunista tenga acceso a las masas de las organizaciones reformistas y los obreros lucharán bajo la dirección del Partido Comunista, en lugar de hacerlo espontáneamente en la calle, hostigados por las bandas de asalto de los ***nazis***.

Bastó este semiviraje para que la socialdemocracia comenzara a inquietarse y desenmascararse, como lo prueba la circular publicada en el *Vorwaerts* del 29 de junio. Este ligero cambio de táctica, con las proposiciones de frente único hechas por la organización comunista de Berlín-Brandenburgo a la organización socialdemócrata y a los Sindicatos, realizado en el sentido preconizado por la Oposición de Izquierda, es decir, concentrar el fuego contra el fascismo y seguir la táctica de frente único de organización a organización, ha permitido al Partido incontestablemente conservar y extender aún sus vínculos con la masa, como lo demuestra el resultado de las elecciones del 31 de julio. Pero estos vínculos sólo existen en el terreno electoral; todavía no existen en el de la acción directa, extraparlamentaria.

Pero he aquí, según nos informa la *Permanente Revolution*, que por una circular se ha prohibido a los miembros del Partido el tomar parte en demostraciones locales con el partido socialdemócrata; que han surgido discusiones en el C. C. del P. C. A. respecto a la *aplicación del frente único*; que el C. C. ha rechazado la proposición de

ofrecer el frente único al partido socialdemócrata y a los Sindicatos reformistas; que el C. C. ha acordado que en ningún caso es posible un frente único por arriba. En una palabra, resucita con todo su vigor el «socialfascismo». Nada puede servir mejor para dejar las manos libres a los jefes socialdemócratas y facilitar así su capitulación ante el fascismo. El Partido vuelve a su espléndido aislamiento. Parece que han hecho presa en sus dirigentes las ilusiones parlamentarias. Aun suponiendo un crecimiento proporcionado del Partido, no es ésta la cuestión decisiva. Lo que decide es la relación política recíproca entre el Partido y la clase.

¿Se iniciará nuevamente el viraje y se llevará a término? Todo hace sospechar que la presión de las masas hará saltar el prestigio burocrático de los jefes. El frente único se impone con más evidencia cada día ante los asaltos y crímenes de los verdugos fascistas.

Nuestros camaradas alemanes dicen a los camaradas del Partido:

«Realicemos el verdadero frente único *de todas las organizaciones obreras*. Sólo así se podrá aniquilar al fascismo, verdugo del proletariado.

Por un Congreso general nacional de los Consejos de Empresa y de los Comités de Unidad.

Por la huelga política de masa, medio de lucha experimentado.

Velad por la preparación y organización más seria y más cuidadosa de todas estas luchas.

¡Camaradas del Partido, obligad a vuestros jefes en el último momento a emprender el camino seguro de Lenin y Trotsky!»

En el P. C. A. se discuten hoy estas cuestiones candentes, y, a pesar de las exclusiones, el cambio de rumbo se impondrá antes de que sea demasiado tarde.

FRANGE.

El terror fascista alemán en cifras

Para dar idea a nuestros lectores del terrorismo de las bandas de Hitler contra la clase trabajadora alemana, reproducimos a continuación una estadística de las víctimas causadas por los hitlerianos en la última quincena del mes de julio. Tomamos los datos de la Prensa comunista alemana:

13 de julio.—En Siemensstadt: Dos muertos y ocho heridos, del Partido Comunista.

13 de julio.—En Oberschoneweide: Un muerto y tres heridos, del Partido Comunista.

14 de julio.—En Hagenow: Tres obreros muertos, de la Bandera del Imperio.

15 de julio.—En Duren: Dos heridos, del P. C.

15 de julio.—En Hamburgo-Altona: Dos heridos, de la Bandera del Imperio.

15 de julio.—En Reinickendorf-Ost: Un comunista herido.

15 de julio.—En Halle: Dos obreros socialdemócratas heridos.

15 de julio.—En Koblez: Un obrero socialista herido.

15 de julio.—En Johannisthal: Un obrero comunista herido.

15 de julio.—En Walsum: Cinco obreros, sin partido, heridos.

15 de julio.—En Landshut: Dos obreros, sin partido, heridos.

Hasta el 17 de julio, en toda Alemania: 19 muertos y 285 heridos.

18 de julio.—En Magdeburgo: Dos obreros socialdemócratas heridos.

18 de julio.—En Blankenburg: Un obrero de la Bandera del Imperio, herido.

18 de julio.—En Gelsenkirchen: Un obrero muerto, de la Bandera del Imperio.

18 de julio.—En Limburg: Dos obreros socialdemócratas heridos.

21 de julio.—En Berlín: Dos obreros de la B. del I., heridos.

21 de julio.—En Koenisberg: Un obrero socialdemócrata herido.

22 de julio.—En Bunzlau: Un obrero socialdemócrata muerto y muchos heridos.

24 de julio.—En Braunschweig: Diez obreros socialdemócratas heridos.

24 de julio.—En Eisenach: Cinco obreros socialdemócratas heridos.

24 de julio.—En Düsseldorf: Un obrero comunista muerto.

24 de julio.—En Neumunster: Seis obreros, sin partido, heridos.

24 de julio.—En Dortmund: Un obrero, sin partido, muerto.

24 de julio.—En Westfalia: Cinco obreros, sin partido, heridos.

24 de julio.—En Leifeder: Doce obreros heridos.

25 de julio.—En Friedrickoog: Un obrero de la B. del I., muerto.

25 de julio.—En Hindenburg: Cinco obreros heridos.

25 de julio.—En Düsseldorf: Un obrero de la B. del I., muerto.

25 de julio.—En Colonia: Un obrero comunista muerto y tres heridos.

25 de julio.—En Koublenz: Un obrero, sin partido, herido.

25 de julio.—En Berlín: Un obrero de la B. del I., muerto.

26 de julio.—En Wilhelmshagen: Un obrero comunista herido.

26 de julio.—En Leipzig: 15 obreros comunistas heridos.

27 de julio.—En Hannover: 23 obreros heridos.

29 de julio.—En Berlín: Un obrero socialdemócrata herido.

La Prensa comunista y los acontecimientos alemanes

Desde hace meses todo lector de la Prensa comunista oficial ha podido observar el poco espacio que en la misma se ha reservado a los acontecimientos alemanes. Es más, con un cinismo particularmente inconsciente se ha llegado a afirmar que la gravedad de la situación alemana era una «invención trotskista», «una moda establecida por Trotsky». El lector obrero que despertada su curiosidad en la Prensa burguesa quisiera completar su información y orientación en los órganos comunistas, quedaba defraudado. Se le mantenía en la más completa ignorancia. Esta actitud contrastaba enormemente con la seguida en otras épocas. Puede repasarse *La Antorcha* de 1923, en el período revolucionario, y se encontrarán páginas enteras de información y comentarios sobre la situación alemana de la época.

Justo es reconocer, sin embargo, que esta actitud no ha sido ni es exclusiva de la Prensa y de los dirigentes españoles. Es toda una táctica de la burocracia staliniana. Hojéese la Prensa comunista internacional de 1923. Se encontrarán discursos y más discursos, artículos y artículos de los dirigentes de entonces de la Internacional Comunista consagrados a estudiar la situación; se hallarán también reseñas de las reuniones del C. E. de la Internacional dedicadas por en-

tero a estudiar la revolución alemana. ¿Hay algún lector de la Prensa comunista que haya leído la opinión de Stalin sobre la situación de Alemania? Stalin, discretamente, calla, para hablar al final y echar la responsabilidad sobre algunos funcionarios dóciles. Y, sin embargo, ningún proletariado consciente ignora que Alemania atraviesa una situación mucho más grave que en 1923; que es la suerte del proletariado alemán la que está en juego; que es el porvenir de la revolución mundial lo que está sobre el tapete.

El hecho tiene una importancia fundamental, y hay que resaltarlo. Demuestra la incapacidad del Estado Mayor actual de la Internacional. Nos prueba las consecuencias internacionales catastróficas a que conduce la teoría staliniana del socialismo en un solo país. Si se acostumbra a la clase trabajadora de todo el mundo a no interesarse en la información de los acontecimientos alemanes, es que deliberadamente se les resta importancia. Y esto no está en consonancia, ni muchísimo menos, con las obligaciones públicas del *Estado Mayor de la Revolución mundial* ni con las tareas del movimiento comunista.

Los órganos del partido comunista español han guardado también casi un hermético silencio durante los últimos meses acerca del curso de la revolución alemana. Se les ha privado de información a sus lectores y se les ha hecho incluso creer que carecían de importancia. Pero en el número correspondiente al 6 del actual, *Frente Rojo* rompe gozoso el silencio para ocuparse meramente del éxito electoral, como un socialdemócrata vulgar cualquiera. El título es ya de por sí todo un poema que caracteriza la mentalidad actual de los dirigentes stalinianos: «Una batalla ganada al fascismo y a la socialdemocracia». La batalla ganada, naturalmente, es la batalla electoral. Ha tenido que degenerar mucho la I. C. y sus secciones para llegar a estimar que en una situación de la gravedad política de Alemania las batallas se ganan meramente en el terreno electoral. De esto a la concepción socialdemócrata de que las batallas políticas se ganan en el campo parlamentario, no dista nada. Y como contraste con ello, von Papen hace caso omiso de esas victorias y sigue con su dictadura militar; las hordas fascistas continúan cometiendo actos de terrorismo en todo el territorio alemán.

Efectivamente, el Partido alemán ha obtenido un triunfo electoral. ¿Pero esto quiere decir que la táctica de la dirección haya sido tan acertada que haya conquistado a esos centenares de millares de trabajadores? No; eso quiere decir que la traición de la socialdemocracia ha sido tan enorme, y la voluntad de lucha de los obreros alemanes es tan extraordinaria, que éstos, a pesar de todos los errores de la dirección, han dado sus sufragios a los comunistas. ¿Qué otra actitud le cabía al obrero socialdemócrata, indignado por la traición de sus jefes?

Sin embargo, y a pesar de esta adhesión de los obreros alemanes a los candidatos comunistas, es cierto también que el Partido no ha conseguido con su mala política englobar a todo el proletariado. Con su táctica de ultimatismo no ha sabido arrancar a los obreros alemanes a la infamia de la socialdemocracia, a cuyas órdenes y disciplina responden. El caso está reciente. Al declarar el estado de guerra en Prusia von Papen, el Partido Comunista, muy acertadamente, lanzó la consigna de huelga general revolucionaria. La socialdemocracia consumó su traición, dando orden en contrario a los trabajadores. Desgraciadamente, se dió el caso de que los obreros, con una docilidad suicida, acataran las instrucciones de la socialdemocracia y no las del Partido Comunista.

Hay más. Podemos preguntar: ¿cuándo se ha producido esa adhesión de los trabajadores a los comunistas? Pues precisamente cuando

en el Partido alemán se ha llevado a cabo un viraje en el sentido que viene preconizando desde hace meses la Oposición Internacional. Cuando la dirección alemana abandonó circunstancialmente su ultimatismo burocrático para proponer el frente único a las organizaciones socialdemócratas. Se ha dejado de lado en ciertos momentos el concepto estrecho de *frente único por la base* para tratar de establecerlo de *organización a organización*. Al ver sobre el terreno de la realidad los trabajadores alemanes cómo la socialdemocracia rechazaba todo acuerdo práctico para la lucha, se ha producido el desplazamiento hacia el Partido Comunista. Y el insensato autor del artículo de *Frente Rojo* comenta jubiloso: «... es realizando el frente único en la base y para la lucha revolucionaria la única táctica que permite a un Partido Comunista atraerse y enrolar en su acción a las enormes masas...» Esto no le impide al *articulista* decir a continuación que la socialdemocracia dió sólo señales de vida «para rechazar categóricamente la consigna de huelga general sobre la base del frente único revolucionario». ¿En qué quedamos? Toda la política staliniana está llena de contradicciones.

El artículo comentando las elecciones contiene igualmente la siguiente frase: «No; no es formando un «bloque electoral» con la socialdemocracia (consigna trotskista) como se desplaza a los jefes traidores.» Se precisa ser todo lo miserables que son los asalariados de Stalin para decir semejante infamia. Así se engaña a la clase trabajadora y se fomenta el odio contra los trotskistas. Nosotros invitamos a ese miserable a que señale una sola línea de los artículos del camarada Trotsky o de la Prensa de la Oposición donde se hable de bloque electoral o meramente de acuerdo electoral. Precisamente la Oposición de Izquierda, al propio tiempo que ha defendido resueltamente la aplicación de la táctica del frente único, tal como fué aprobada en el II Congreso de la I. C. en vida de Lenin, ha combatido implacablemente los bloques sin principios de los jefes stalinianos con los reformistas ingleses, con Chang Kai Chek en China y con Raditch en Yugoeslavia.

Vemos prácticamente, pues, cómo la escuela y los epígonos stalinianos tienen interés en silenciar el curso del desarrollo de la política alemana, y cuando hablan de ella es para tergiversarla o falsear los hechos.

EMILIO RUIZ.

En el próximo número publicaremos un interesante artículo del camarada León Trotsky, titulado: «¡No coceéis a Rosa Luxemburgo!». Insertaremos también una interesantísima y extensa «Carta de la Unión Soviética».

¿A la cola de los socialistas o a la cabeza de la lucha contra Lerroux?

El discurso pronunciado por Lerroux en Zaragoza ha venido a avivar las desidencias entre socialistas y radicales. Los socialistas contestaron inmediatamente declarándose dispuestos a impedir a toda costa la formación de un Gobierno de Lerroux. Pero el pleito, que había adquirido proporciones tempestuosas en la calle, fué llevado a las Cortes, y en la charca parlamentaria se consiguió, por de pronto, amainar la tempestad. Las mutuas amenazas quedaron reducidas a nada. Lerroux redujo sus pretensiones y se dobló ante el adversario. Los socialistas también retiraron sus amenazas y dijeron que a su debido tiempo no tendrían inconveniente en dejar el Poder a Lerroux, pero que aún era pronto.

Pero no porque los socialistas se hayan arreglado, a lo menos de momento, con Lerroux, hayan depuesto las armas y retirado sus amenazas, debe hacer también lo mismo toda la clase obrera. Al contrario: tiene que armarse y disponerse a intervenir decididamente en un pleito del cual han estado alejados por ahora todos los sectores revolucionarios, tanto la C. N. T. como los comunistas. Es un profundísimo error creer que sólo lerrouxistas y socialistas tienen que ver en esta cuestión, que se trata de una simple porfía entre dos partidos, para merendarse el Poder, y que en este pleito la clase obrera debe permanecer alejada y neutral. En la lucha contra Lerroux está interesada toda la clase obrera. Cuanto más revolucionaria sea una tendencia y mejor representa los intereses del proletariado, más interesada está en esta lucha. Es decir, que lo mismo nosotros los comunistas que la C. N. T., si somos efectivamente revolucionarios, si somos los verdaderos representantes de los intereses del proletariado, estamos obligados a dar la batida a las bandas lerrouxistas, con una decisión y con una intransigencia a la que nunca el socialismo, por ser traidor y enemigo de poner a la clase obrera en pie de guerra, podrá llegar. Los socialistas podrán claudicar, con más o menos rodeos, y es natural que claudiquen, ante Lerroux. Pero con ello lo que hacen es traicionar una vez más al proletariado, entregarle sin combate y atado de pies y manos a una negra reacción burguesa, militar y clerical, a una reacción impaciente de liquidar por todos los medios el movimiento obrero, a una reacción que para comprender lo frenética e inmunda que es basta saber que va acaudillada por la banda de chantagistas del partido republicano radical.

Los socialistas deben ser, como corresponde a su significación política, los más débiles en la lucha contra Lerroux, los que siempre estarán dispuestos a no salirse de las amenazas. Esta conducta de los socialistas es perfectamente natural en ellos. El socialismo teme menos a la más negra reacción burguesa que a la revolución proletaria. Por otra parte, en una lucha como la ahora entablada contra Lerroux quien menos pierde es el socialismo. Sus organizaciones sindicales y políticas seguirán funcionando porque le conviene a la burguesía misma, pues el socialismo es la oposición oficial del régimen, mientras el movimiento obrero revolucionario será liquidado violentamente y la clase obrera en conjunto tendrá que aguantar los mayores atropellos del campo patronal. Todo esto le importa poco en el fondo a la burocracia, pues para encubrir y amparar la explotación del obrero mantiene la burguesía a toda una burocracia socialista bien cebada.

Sin embargo, todo el movimiento obrero revolucionario se ha colocado al margen de la lucha contra Lerroux. La organización revolucionaria fundamental, la C. N. T., declaró que era éste un pleito entre dos partidos políticos y que en él la Confederación no tenía por que intervenir. Los anarquistas vieron en el antagonismo entre radicales y socialistas una confirmación de sus doctrinas apolíticas. Este antagonismo confirmaba, según los anarquistas, lo que ellos venían sosteniendo desde niños: que la política era un mar de corrupción, que el Parlamento era como un circo— o un semicirco—romano donde las fieras se devoraban entre sí y los leones como Maura acometían a los jabalíes como Balbontín. Desde que se publicó el manifiesto socialista, *Solidaridad Obrera*, el órgano de la C. N. T., se dedicó a reproducir, sin dignarse apenas comentarlo, todo un muestrario de los insultos que aparecían en la prensa de los diversos partidos políticos. Los anarquistas se asoman al paisaje político, sonríen y vuelven la cabeza asqueados y dispuestos a encerrarse en un orgulloso aislamiento. Lo que parecen ignorar los que sonríen desde la fatuidad de su doctrina es que ellos serán las principales víctimas de subir Lerroux al Poder. Se declaran neutrales en un conflicto en el cual la vida de sus organizaciones es lo primero que está en juego.

El punto de vista de los anarquistas lo resumía admirablemente Federico Urales en *Solidaridad Obrera*: «Todos hemos leído—dice—el manifiesto que acaban de publicar los socialistas gubernamentales. Amenazan al futuro Gobierno con no dejarle vivir tranquilo. Para ello han de solicitar el apoyo de la Confederación. Pero cuando dicho apoyo sea solicitado, como lo fué otras veces, la Confederación deberá negárselo, por las siguientes razones: porque la Confederación no ha de intervenir en la tarea de derribar Gobiernos; porque la Confederación tiene un ideario completo, propio e independiente, cual es el comunismo libertario, la *Commune* libre, o sea el Municipio libre, dueño en común de toda su riqueza. Y este nuestro ideario no se podrá poner nunca en práctica mientras se actúe con políticos.»

Así, en nombre de un idealismo libertario y de una futura felicidad municipal, se anula el anarquismo en los momentos decisivos. Nada tenemos que hacer, vienen a decir los anarquistas; en nada tenemos que intervenir, mientras no estemos preparados para proclamar los «Municipios libres». Pero la cuestión es ésta: que para preparar no esa libertad municipal que adoran los anarquistas, sino la revolución proletaria tal como debe entenderse, para derribar el Poder de la burguesía e instaurar un Poder nuestro es menester hacerlo bajo el fuego de la lucha diaria. No hay modo de retirarse. No intervendremos en esas luchas—dicen los anarquistas—mientras no estemos «preparados para hacer la «revolución integral». Pero los acontecimientos van desenvolviéndose de forma que un día los anarquistas se encuentran obligados a actuar en la clandestinidad y con todas sus organizaciones clausuradas.

¿Pero entonces—nos preguntará el anarquismo—es que vamos a apoyar y solidarizarnos con los deportadores de obreros, con los asesinos de Arnedo, del Parque de María Luisa, de Sevilla; de la Jefatura de Barcelona, con los alcahuetes y amparadores de nuestros opresores seculares, con los que perdonaron desde el rey hasta el último mono de la monarquía y han muerto a centenares de obreros,

con los perseguidores de nuestra prensa y nuestras organizaciones, con los rompehuelgas profesionales, vamos a solidarizarnos? Para la C. N. T. existe este dilema: o colaboracionismo o neutralidad, que no debiera existir si la organización tuviera una dirección revolucionaria firme. Como todavía no se encuentra preparada para declarar los soñados «Municipios libres», el anarquismo se encoge de hombros, no sabiendo qué hacer.

Pero cuando se dispone de una política propia y revolucionaria —si no se le quiere llamar «política» llámesele cualquier otra cosa— no existe el dilema que se les presenta a los anarquistas. Ni se adopta una posición neutral en situaciones en que no hay neutralidad posible, ni se apoya tampoco a la clase enemiga. No tenemos por qué ponernos a la cola ni por qué «apoyar» a los socialistas, sino que «nos apoyamos» en los socialistas para asegurar a la marcha progresiva de la revolución y arrancarle posiciones a la burguesía y al socialismo. En esto consiste precisamente el «prepararse» para la revolución: en ir ganando constantemente posiciones y no en encerrarse en un santuario para acabar de hacer el plano de la sociedad futura. Nosotros intervenimos en este gran conflicto entre burgueses y proletariado, que se manifiesta ahora en la ofensiva lerrouxista, en defensa de los intereses generales del proletariado, para evitar un retroceso mayor y para restarle fuerzas al socialismo.

* * *

Lo que estamos presenciando ahora es la descomposición de las Cortes después de haberle prestado a la burguesía sus servicios. Estamos asistiendo a su muerte natural. Las Cortes Constituyentes fueron amañadas para escamotear la revolución, lo cual consistía en mantener engañadas a las masas mientras la burguesía iba montando el aparato represivo y asegurando las posiciones que le permitiesen lanzarse al ataque. Esta y no otra era la misión concreta de las Cortes Constituyentes. Las Constituyentes son la expresión de un momento en que la burguesía se bate a la defensiva. No dieron solución a nada de lo que prometieron; ni responsabilidades, ni cuestión religiosa, ni cuestión agraria, ni problema de las nacionalidades han tenido tan siquiera un intento de solución. A pesar de la agitación enorme que los abogados republicanos hicieron en torno a la cuestión de las responsabilidades, ha imperado el impunismo más cínico y provocativo. Todos los demás problemas han quedado también reducidos a pura comedia. Ello es natural e inevitable. No hay más que reparar en la composición política de las Cortes y en la manera de estar articuladas las fuerzas parlamentarias para comprender que las Constituyentes no tenían más misión que distraer al proletariado y los campesinos mientras se iba reforzando la reacción.

Estuvieron abrazados republicanos y socialistas y declararon indisoluble la unión en cuanto la República no estuviera «consolidada», es decir, en cuanto no estuviera consolidada la burguesía. A todo desmán o radicalismo de las llamadas izquierdas parlamentarias se le oponía la necesidad de ceder y de hacer concesiones porque estaba gobernando una coalición de fuerzas muy dispares, coalición que, por otra parte, no podía romperse hasta que la burguesía se encontrase con fuerza suficiente para dar la batida a la revolución y a las Cortes mismas. Las derechas se fueron retirando del Gobierno así como iban obteniendo victorias. Se retiraron primero Maura y Alcalá Zamora después de haber pulverizado toda la Constitución y de haber dejado toda la cuestión religiosa reducida a nada. Se retiró después del Gobierno el partido de Lerroux cuando se creyó que la cosa

estaba a punto para emprender la ofensiva desde la derecha. Los sucesivos Gobiernos que se han formado, que por su filiación política parecían indicar una evolución hacia la izquierda, venían señalando en realidad la victoria de las derechas. Es cierto que cayeron Maura y Alcalá Zamora, pero Alcalá Zamora pasó a la Presidencia de la República, lo cual quiere decir que se había conseguido elaborar una república a la medida de Alcalá Zamora. Cayó más tarde Lerroux, o se retiró mejor dicho, cuando creyó llegado el momento de poner proa a las Cortes y de dar por terminados los coqueteos revolucionarios. Lerroux actúa como caudillo de la reacción.

El papel de los llamados partidos de izquierda, y sobre todo del partido socialista en cuanto se apoya en la clase obrera, era salvar a la burguesía, que estaba en presencia de un movimiento revolucionario que lógicamente debiera envolverla. Por eso se explica que durante todo el curso del cambio de régimen y durante el período constituyente las llamadas fuerzas de izquierda actuaran siempre a las órdenes de la derecha. Dos hombres recién llegados del campo monárquico—Maura y Alcalá Zamora—y que se hicieron republicanos para estrangular la revolución, fueron en realidad los dos caudillos del movimiento. Caída la monarquía, se les da a estos dos hombres los dos puestos fundamentales del Gobierno: la Presidencia y el Ministerio de Gobernación.

Pero el que se haya podido representar esta farsa constituyente, el que los planes de la realización hayan salido tal cual los había calculado, ha sido posible gracias a la desorientación del proletariado. A pesar de los temores de los políticos republicanos y socialistas, el proletariado no ha tenido ninguna intervención en la marcha de las Cortes. Se recordará que Prieto proponía que las Cortes celebrasen sus sesiones en el Escorial, sólo por temor a la presión popular. Sin embargo, ante las divagaciones apolíticas de los anarquistas y las botaratadas del Partido Comunista se dispersó toda la enorme energía combativa del proletariado y no se ha obtenido ningún provecho revolucionario de toda la serie de luchas heroicas que ha venido sosteniendo el proletariado.

Ya que la burguesía pudo llegar a convocar las Cortes Constituyentes en la forma que lo hizo, el problema que luego se le presentaba al proletariado era luchar por la ruptura de la conjunción republicano-socialista. La burguesía se esforzaría en mantener unida la conjunción para burlar la revolución y tomaría ella misma la iniciativa de la ruptura tan pronto se sintiera con fuerzas para encararse violentamente con el proletariado, como se ha visto después y aun se está viendo ahora. La tarea fundamental del proletariado era, por consiguiente, romper la conjunción republicano-socialista antes de que la burguesía pudiera consolidarse, es decir, antes de que la burguesía rompiera la conjunción. Para ello no había más que un camino: hacer agitación entre las masas—sin descuidar en lo más mínimo a las masas socialistas—para que no se consintiese ninguna concesión política alegando que se formaba parte de Gobiernos de coalición. Si los socialistas decían en la cuestión religiosa—pongamos por caso—que tenían que ceder porque estaban en un Gobierno heterogéneo, donde tenían que prevalecer las fórmulas «de transacción forzada», el deber del proletariado era no consentir la claudicación —que era una traición consciente—y alzarse enérgicamente contra ella reclamando que se disolviera la coalición gobernante.

Bajo esta perspectiva se colocó desde el primer momento la Izquierda Comunista. De ahí que nosotros defendiéramos la necesidad de luchar por un Gobierno socialista homogéneo o de descargar los primeros golpes contra la derecha gubernamental: Maura y Alcalá

Zamora. Esta posición nuestra, por más que la explicamos tenazmente, no hubo posibilidad de que nadie la comprendiera. A los anarquistas la cosa tenía que parecerles una verdadera monstruosidad; si los políticos en general y los socialistas en particular son unos enchufistas, pedir un Gobierno socialista homogéneo equivalía a pedir todos los enchufes para los campeones del enchufismo; en este círculo de hierro se mueven los anarquistas.

Pero el Partido Comunista, que por sus experiencias políticas tenía la obligación de comprender nuestra posición, también manifestó la misma incomprensión obtusa. En un libro destinado a combatir el «trotskismo» por orden de sus superiores, pretende José Bullejos criticar nuestra posición respecto a las Constituyentes. El hecho de que a un bulto como José Bullejos se le encarguen estas faenas acredita la crisis del Partido Comunista y la imposibilidad en que estaba para dar pie con bola en la situación. «Los jefes socialistas—razona Bullejos—han demostrado de tal modo su servilismo que para desenmascararlos a los ojos de los mismos obreros socialistas no es necesario ya empujarles a que tomen todo el Poder. Ya se ha visto lo satisfechos que están los ferroviarios socialistas con su ministro de Obras Públicas, Prieto. Queda, pues, palmariamente demostrado que la consigna de los trotskistas es una consigna oportunista de derecha, de concesión y conciliación con los jefes socialistas» (1). ¡Muy bien!

No debe bastar la experiencia de las traiciones socialistas, porque a pesar de que internacionalmente la clase obrera tiene una experiencia, aun mayor de la que podemos tener en España, de las traiciones socialistas, el socialismo se refuerza. Una de las maneras, quizá la más importante hoy, que tiene la clase obrera de creer en el socialismo es perdiendo la confianza en sí misma y en la revolución proletaria. Aunque en grandes capas del proletariado, sobre todo en las más atrasadas, abunda la creencia de que el partido socialista es todavía un partido revolucionario, también se acreditan los métodos socialistas a los ojos de las masas cuando éstas no tienen fe en las organizaciones y no ven, a lo menos de momento, más salida que el reformismo.

La clase obrera ingresó en la República ebria de ilusiones democráticas y dispuesta a actuar en los cuadros de la sociedad burguesa. Sólo a través de la experiencia democrática había de llegar a la idea de la revolución proletaria. Pero para ello era menester que se tratara de una experiencia victoriosa en la cual la clase obrera fuera ganando constantemente posiciones.

El poder de las Constituyentes era el que había que vencer. Ahora bien; la clase obrera no estaba ni ideológicamente ni orgánicamente —estaba tan dividida como ahora—preparada para derribar las Constituyentes por una insurrección. La manera lógica de lograr la descomposición de las Cortes no era ponerse de espaldas a ellas, como han hecho los anarquistas y esta clase de comunistas, diciendo que son burguesas y nada pueden resolver. La cuestión estaba en intervenir poderosamente en la marcha de las Cortes, en cada uno de sus problemas, para que no pudiesen llevar a cabo la labor de traición que pretendían y lograr su descomposición interior.

Esta actitud nuestra por la ruptura de la conjunción republicano-socialista, es decir, por un Gobierno socialista homogéneo, era una posición general cuyo sentido aparecía claro no repitiéndola de una manera mecánica o interpretándola como una zancadilla inocente que les poníamos a los socialistas, sino en el curso de la lucha y a través de cada problema concreto. Se trataba de que la clase obrera

(1) J. Bullejos: *El Partido Comunista y el trotskismo*, pág. 48.

colocara a la izquierda parlamentaria, y ante todo a los socialistas, en una disyuntiva grave ante cada problema, lo cual habría de producir las mayores vacilaciones y rozamientos entre los partidos que componían la coalición gubernamental, e inevitablemente se rompería la alianza a la vez que se producirían trastornos enormes en las organizaciones socialistas de base. Durante el período que presidió Alcalá Zamora todos los días la conjunción amenazaba romperse sólo por el peso de la composición política de dos partidos coaligados. Un poco de presión externa bastaría para que el hecho se consumara. Ahora bien; si se rompiera la coalición en los primeros momentos, como ello significaba un triunfo de la revolución, serían las mismas derechas las que iniciasen la lucha contra las Cortes, es decir, que entraríamos en plena guerra revolucionaria, desalojando al enemigo de sus posiciones. ¿Cuántas veces no han amenazado Maura y Alcalá Zamora, en el curso de su actuación gubernamental, con emprender ellos la campaña revisionista de la Constitución? Si estando dispuestos a hacerlo no lo hicieron fué porque las cosas iban saliendo a medida de sus deseos.

Con acierto observó Trotsky en los primeros tiempos del nuevo régimen que lograr la caída de Maura y Alcalá Zamora podría tener en aquella etapa «la misma importancia para el desarrollo de la revolución que la dimisión de Alfonso en abril». Esta dimisión—comenta Bullejos—se realizó al cabo, y ya hemos visto que el hecho no ha tenido tan colosal importancia. ¡Ah, botarate y cretino! Si Alcalá Zamora hubiera caído por un avance de la revolución no estaría ahora en la Presidencia de la República. Cayeron, sí, Maura y Alcalá Zamora, pero después de haber conseguido sus principales objetivos.

Por culpa de los diversos sectarismos e infantilismos revolucionarios la clase obrera no pudo influir en la marcha de las Constituyentes. Vemos como al querer adoptar una posición «más revolucionaria» que la defendida por nosotros se ha caído no sólo en posiciones ridículas, sino que, es lo importante, no se ha hecho nada eficaz. El campo obrero revolucionario se colocó al margen de las Cortes, y eso era justamente lo que necesitaba la burguesía para que las cosas salieran a medida de sus deseos: para poder organizarse y hacerse fuerte. Si las Cortes no eran disueltas por la clase obrera en el curso de su labor, lo serían por la burguesía, que sólo las necesitaba para atravesar el grueso de la tormenta revolucionaria. Ahora se trata de dar por terminados los coqueteos revolucionarios y de organizar la represión. Tal es el sentido de la lucha entre los socialistas y Lerroux.

* * *

Nos hemos detenido un poco en cuestiones pasadas porque sin tener una idea clara del destino de las Constituyentes no se conseguirá interpretar acertadamente las luchas actuales. Lo mismo la prensa obrera que la prensa pequeño-burguesa que pasa por revolucionaria, como puede ser *La Tierra*, están sembrando en esta cuestión una confusión. Destacan uno de los motivos de la lucha y borran la cuestión fundamental. Es evidente que los socialistas defienden con dientes y uñas sus puestos y enchufes. Es evidente también que la canalla lerrouxista sólo está deseando arrancarle la presa a los socialistas. Pero estos fenómenos no se producen en el aire, ni son independientes de la lucha de clases, sino que son su resultado. De ahí que tenga que interesarse en la cuestión la clase obrera.

Si la burguesía está dispuesta a elevar al Poder a toda la comparsa aventurera del partido republicano radical, no lo hace por el ca-

pricho de retribuirlos. La burguesía le da el Poder a esta banda—el partido radical siempre ha sido una banda y no un partido político—para que defienda sus intereses y persiga a muerte al proletariado. La burguesía necesitaba un hombre y lo buscó aunque fuera en una alcantarilla, como es el partido republicano radical. La actuación política de Lerroux y de su banda ha dejado tan honda huella por donde ha pasado y pasa que no hay nadie que lo ignore, a lo menos en sus grandes rasgos.

Por mediación de Lerroux la burguesía intenta restablecer el estado anterior al cambio de régimen, liquidar por la fuerza todos los problemas que dieron al traste con la monarquía e imponer, sin engaños ni disfraces, el orden anterior. La hegemonía de los socialistas y de los sectores de izquierda en las Cortes actuales era una etapa necesaria a la burguesía antes de acometer los objetivos que acomete hoy. El cambio que se proyecta tiene, pues, mucha más importancia que el acto de despojar a la burocracia socialista de sus enchufes, que han de conservar en gran parte. A las organizaciones tampoco les pasará mayor daño. Ahora bien; ¿se va a salvar la C. N. T. con un Gobierno de Lerroux? ¿Va a poder funcionar legalmente? Es evidente que no; la C. N. T. con todos los demás sindicatos y partidos revolucionarios pasarán a la clandestinidad. Esta es una de las misiones más importantes de Lerroux. Sus continuas invocaciones a la «autoridad», al «orden» y al «respeto a la ley» nos quieren dar a entender que perseguirá a muerte a todas las organizaciones revolucionarias y los más duros golpes caerán sobre la que hoy es fortaleza del proletariado revolucionario, sobre la C. N. T. La burguesía tiene a la C. N. T. sentenciada y espera la primera ocasión para darle el golpe de muerte. En un discurso que pronunció Maura en el Círculo Mercantil, de Madrid, al poco tiempo de dejar el Gobierno, dijo que había que «destruir a patadas» la C. N. T. Lerroux es más retórico que Maura, y aunque no hable de patadas no hay discurso en que no aluda al mismo asunto y en forma que no cabe llamarse a engaño.

Constantemente la prensa comunista y comunizante está haciendo llamamientos al frente único y a la unidad proletaria. Cuando llega una ocasión como la actual en que la unión del proletariado con objetivos concretos es una cuestión de vida o muerte, esa prensa no sale de las generalidades de costumbre. En torno a la lucha contra Lerroux se debe y se puede agrupar ahora todo el proletariado. Aun en caso de una retirada total y de que el partido socialista diera a sus organizaciones la orden de no luchar contra Lerroux—cosa que es casi inevitable—, la mayoría de la masa sindicada socialista seguirá a los que vayan a esta lucha. El manifiesto de los socialistas amenazando con tomar las «medidas más enérgicas» si Lerroux intentara formar Gobierno, no es más que un recurso de que se valen los socialistas para asustar, pero sin que haya la menor intención de cumplir la amenaza. Lo mismo vienen haciendo los socialistas en todo el mundo. Los socialistas amenazan con la fuerza obrera organizada, pero nunca quieren sacar las cuestiones del terreno parlamentario e ir a la lucha revolucionaria real. Nosotros tenemos que empezar por decirles a los socialistas que estamos dispuestos a darles la batida a las bandas lerrouxistas, pero que esta lucha, como todas las luchas revolucionarias, hay que llevarla en la calle y no con las flores de trapo de la oratoria parlamentaria. Hay que empezar por sacar la lucha del sitio donde los socialistas la quieren meter: del Parlamento. Para una lucha extraparlamentaria contra el lerrouxismo se puede conseguir que responda toda la clase obrera, y en este caso se puede asegurar que está bien perdido el lerrouxismo. Amenazaba Lerroux con hacer manifestaciones de calle en favor suyo. A esas manifestaciones ha de responder la clase obrera con contramanifestaciones revolucionarias. Es posible que hoy Lerroux se dé cuenta de que ya no es el Emperador del Paralelo y de que sus nuevas huestes no son muy temibles en manifestaciones, sobre todo si no van bien protegidas por la autoridad. Es posible que en vista de eso renuncie Lerroux a hacer grandes manifestaciones de calle. Pero la clase obrera no tiene por qué renunciar. La clase obrera debe manifestarse en toda la escala nacional contra la reacción lerrouxista y contra toda la serie de medidas criminales que hoy pesan sobre ella: por la libertad de reunión, de asociación y de prensa, contra la Ley de Defensa de la República. Con estos objetivos inmediatos se debe agrupar toda la clase y organizar en un solo frente a todas las organizaciones que quieran participar. Si se emprende la lucha en este sentido los socialistas tendrán que aceptar o verán que la masa les desobedece. Precisamente por las campañas demagógicas de los dirigentes está hoy la masa socialista muy predispuesta a dar la batida a Lerroux. Si en un momento dado se proyecta una protesta contra el lerrouxismo la masa socialista acudirá, aunque haya la voluntad en contra de sus jefes. Se han dado estos casos multitud de veces. Recuérdese, por ejemplo, como cuando la quema fué a la huelga general toda la clase obrera de Madrid, a pesar de haber orden en contra de la U. G. T. La cuestión es que esta lucha la tomen en sus manos las organizaciones revolucionarias y que no se deje solo a merced del socialismo, que, como sabemos, la traiciona. En este sentido la mayor responsabilidad incumbe a la organización revolucionaria más poderosa: a la C. N. T. Se puede asegurar que, de entrar un Gobierno de Lerroux, la primera víctima es la C. N. T. Pero también se puede asegurar que la Confederación es la principal culpable si Lerroux toma el Poder.

Estamos en un momento en que la clase obrera se bate a la defensiva. Pero se dirá: ¿Qué es la defensiva? ¿Es defender el Gobierno éste contra otro peor? ¿Es defender las Cortes éstas contra otras más reaccionarias? No; ése es un concepto reformista de la defensiva. Por el sentido de artículo se puede comprender fácilmente que batirse a la defensiva no es apoyar las Cortes. Las Constituyentes estaban destinadas a ser disueltas o por la burguesía o por el proletariado. Si la revolución progresaba, sería el proletariado quien las disolviera; si la revolución retrocedía, sería la burguesía. Este último es el caso actual. El proletariado se bate ahora a la defensiva, como se batía la burguesía cuando se convocaron las Cortes. Pero, a pesar del cambio de situación, las Cortes no pueden sostenerse de ningún modo. Las disolverá Lerroux para gobernar o las disolverá el proletariado si vence a Lerroux.

Las Cortes bien muertas están. La cuestión está en saber quién les dará el golpe final. El curso de la lucha en estos meses dirá si la burguesía o el proletariado. El triunfo nuestro es inevitable si sabemos agruparnos ahora con un solo objetivo: Lerroux no pasará.

L. Fersen.

La Conferencia Nacional de Unidad Sindical, sus decisiones y derivaciones

Se han cumplido nuestras predicciones, por desgracia para la clase obrera española: se ha realizado la división de las fuerzas sindicales españolas, se ha diezmado un poco más el proletariado español, se ha cometido el crimen, y todo en nombre de la unidad sindical. Lo habíamos dicho hace más de un año, desde la famosa Conferencia de Reconstrucción de la C. N. T., celebrada en Sevilla en 1930, y lo hemos repetido sin cesar. Los hechos, cuya culminación ha sido la Conferencia Nacional, que acaba de celebrarse en Madrid, confirman plena y totalmente todo lo que hemos dicho. Ojalá nos hubiéramos equivocado; quisiéramos habernos equivocado. No ha sido así, por desgracia. Por denunciar la maniobra criminal que se preparaba se nos acusó de todo lo imaginable, se nos insultó. La famosa *Carta abierta* del C. E. de la I. C. vino a confirmar nuestras críticas, aunque, por otro lado, se arreciaba en el ataque contra nosotros; pero se llegaba a plantear la cuestión de una forma contundente: «La Conferencia de Sevilla y la creación del Comité de Reconstrucción de la C. N. T. había sido un fracaso, y, por serlo, había sido el error más grande cometido por el P. C. de España.» Había que «transformar el C. de R. en Comité de Unidad Sindical». Como puede verse, es una manera totalmente absurda y peregrina de abordar los problemas. Nosotros lo dijimos a su debido tiempo: la *Carta abierta* del C. E. de la I. C. era una forma muy bonita de rechazar la responsabilidad de lo ocurrido, de descargarla sobre la dirección del P. C. de España, a sabiendas que la Conferencia de Sevilla y el Comité de Reconstrucción habían sido obra de los delegados de la I. S. R. y de la I. C., enviados a España con tal motivo, que impusieron su criterio contra la voluntad misma de algunos burócratas españoles. Claro que estos últimos se las han arreglado para descargar la responsabilidad en la base del Partido, «que no ha sabido aplicar las consignas de la dirección», según la expresión de Bullejos. Pero lo que es verdaderamente gracioso es la manera de conceptuar los errores. El Partido puede realizar una política errónea en toda la línea; pero si a pesar de ello logra ganar algún adepto a esa misma política, ésta es considerada justa y su actuación, acertadísima, aunque los intereses de la clase obrera hayan sido perjudicados. Así, el Partido cometió un error al convocar la Conferencia de Sevilla y crear el C. de R., no por el hecho en sí de crearlos y producir la escisión en la C. N. T. y en todas las organizaciones sindicales del proletariado español (lo cual estaba previsto desde el momento de hacer la convocatoria a la Conferencia de Sevilla), sino porque, a pesar de la maniobra, no se ha logrado conquistar a la clase obrera. Por eso se procedió entonces a cambiar un poco el nombre de las cosas, dejando intangible el procedimiento. «Transformación del Comité de Reconstrucción en Comité de Unidad Sindical.» ¿Pero es posible *transformar* una cosa tan podrida en algo tan sano y puro como forzosamente ha de ser un Comité de Unidad Sindical? Nosotros dijimos que se trataba de una maniobra y apuntamos la única solución factible: disolución del C. de R.; lucha por el reingreso en la C. N. T.; cambio radical en la táctica sindical del P. C.; unidad sindical sobre la base de la C. N. T.

Los dirigentes del P. C. de España supieron comprender, mejor que los de la Internacional, que con cambiar el nombre, no cambiando los procedimientos, tampoco cambiaban las cosas. Y no solamente no *transformaron* el C. de R., sino que hicieron todo lo posible por darle a conocer más, a la manera como ellos saben hacerlo. Hay quien se hace popular por su sabiduría, por su bondad y por sus méritos; otros logran la celebridad por sus crímenes o por sus excentricidades. Y el C. de R. no se ha *transformado*, ni se ha disuelto, como nosotros proponíamos, pero se ha hecho célebre cubriéndose de ridículo y cargándose de desprestigio. El tiro de gracia le recibió al ser trasladado a Barcelona, donde no cuenta con ninguna base en los Sindicatos.

No se trata de errores más o menos accidentales, que todos podemos cometer, puesto que no estamos en posesión del don de la infalibilidad, sino de errores que engendra una política falsa y anticomunista, no ya en España, sino en la escala internacional. Desde hace años, la política sindical (como la general, desde luego) de la I. C. carece de orientación justa y resulta difícil darse cuenta exacta de su significado. Política de zig-zags y de maniobras, política tendente a hacer de las masas un instrumento dócil y fácilmente manejable al servicio de sus planes, en lugar de tratar de orientarlas y persuadirlas. Ahí está la Tesis Sindical del P. C. de E., como prueba de lo que decimos. No es posible saber por ella cómo ve el comunismo oficial español el problema sindical. Una tesis debe ser la expresión condensada de la manera de ver un problema; en una tesis se examinan las causas que determinan la adopción de una posición, se exponen los motivos previamente para luego dar la solución. En buena lógica, eso es una tesis. Pues bien, la tesis sindical del P. C. de España, aprobada en el Congreso de Sevilla, es cualquier cosa menos eso, todo menos una tesis concreta y comprensible sobre el problema sindical. No es más que una recopilación de ex abruptos sobre el *socialfascismo*, el anarcorreformismo e incluso sobre los progresos de la Unión Soviética; treinta y dos páginas de insultos contra la C. N. T. y la U. G. T., entremezclados con frases sobre la Unidad Sindical e invitaciones a hacer viajes a Rusia Soviética. No exageramos. Ahí está el párrafo final de la tesis, que dice: «Por último, preparación de una gran Delegación obrera, bien representada, que visite la U. R. S. S., para estrechar los lazos del proletariado español con la Unión Soviética. Esta visita puede hacerse coincidiendo con las fiestas del XV aniversario de la Revolución de Octubre y del triunfo del proletariado ruso y de sus Sindicatos en la realización en cuatro años del primer Plan Quinquenal.» Aquí termina la *tesis*, eso que llaman tesis sindical del Partido Comunista de España (y conviene citar este hecho porque la Conferencia Nacional de Unidad Sindical se ha celebrado bajo el signo de los viajes a Rusia). ¡Como si la justificación de la necesidad de la Unidad Sindical o la de adoptar tal o cual modalidad de organización hubiera que ir a buscarla a Rusia! No se trata de preparar viajes de recreo de un grupo de incondicionales, en honor de quienes se preparan paradas y manifestaciones en Rusia,

para que luego se encarguen de pintarnos lo negro blanco, o viceversa; se trata de estudiar aquí, sobre el terreno práctico de la lucha de clases diaria, la necesidad de la Unidad y las necesidades de dotar a la organización de una táctica y una doctrina justas. Aquí, y no en Moscú y sus fiestas, están los elementos (el capitalismo y sus consecuencias) que determinan la necesidad de organización del proletariado; aquí hay que resolver el problema. Lo demás es ganas de pasar el tiempo o una demostración de impotencia para defender un determinado punto de vista. Sin ir a Moscú saben los obreros que es necesaria la Unidad Sindical, como saben que para conseguirla no es el más recto el camino stalinista. Se trata de decir cómo puede y debe realizarse esa Unidad Sindical.

* * *

La tesis sindical del P. C. podía ser inconcreta, y casi podía disculparse; pero lo que no tiene explicación es el *maremágnum* que se ha armado en la Conferencia de Unidad Sindical. Hemos hecho la exposición que antecede para confirmación de lo que hemos venido diciendo hasta aquí sobre la división de las fuerzas sindicales que realizaba el P. C. La escisión está ya hecha. Sus ejecutores pueden darle el calificativo que quieran; pero ahí quedan las vagas decisiones de la Conferencia y el grito de guerra de «¡Viva la Confederación Nacional del Trabajo Unitaria!» Todo es consecuencia lógica de la política sindical de la I. C. Hace unos meses hemos denunciado las decisiones del último Pleno celebrado por la Internacional Sindical Roja, en el que se abogó por el robustecimiento de la misma. Y los medios que se preconizaban y se emplean para conseguirlo son todos, por malos que sean, sin excluir la división de los Sindicatos. Ha faltado valentía para decirlo, y se ha engañado a la clase obrera. Por eso, la carta abierta de la I. C. era una maniobra absurda, un zig-zag aparatoso para engañar a los obreros que simpatizaban con la idea unitaria, como zig-zag fué la discusión sindical del Congreso del Partido. Pero el colmo del desparpajo de quienes en nombre de la unidad hacen la escisión está en la resolución de la «Conferencia de Sindicatos adheridos a la I. S. R.», pues es de esta «Conferencia» de la que ha salido la idea de la nueva Central Sindical, como nos lo dice el siguiente parrafito: «En esta vía, la Conferencia de Sindicatos adheridos al C. N. de Reconstrucción deciden nombrar un Comité Nacional Provisional, *encargado de convocar y preparar, en el plazo más breve posible*, un Congreso de todos los partidarios de la I. S. R., para constituir la Confederación Nacional del Trabajo Unitaria (?) de España, afecta a la I. S. R.» Aquí está, plenamente confirmada, nuestra predicción; ya se ha hecho el *robustecimiento* de la I. S. R., en nombre de la Unidad y a costa de la Unidad Sindical de la clase obrera española. Se ha cometido la canallada, el crimen imperdonable. Téngase muy presente que se trata de una decisión de la «Conferencia de Sindicatos adheridos a la I. S. R.», y no de la Conferencia Nacional de Unidad Sindical, porque es éste un argumento que usan como poderosísimo, contra nosotros, quienes, viendo descubiertos sus planes, pretenden desmentirnos diciendo que mentimos cuando calificamos de escisionista la Conferencia Nacional de Unidad Sindical. Ya lo sabe todo el mundo; no ha sido éste, sino aquélla, la que ha acordado la creación de la nueva Central Sindical. Son los comunistas oficiales, los stalinistas, los que realizan la escisión. Los sindicatos y los camaradas de buena voluntad que quieren la unidad y, engañados, han asistido a la Conferencia, no han realizado la escisión. Ya se lo dicen los stalinistas: «Los trotskistas han falseado la verdad»; pero olvidan decir que les hemos denunciado a ellos como escisionistas, como elementos que preparaban y han ejecutado la escisión, y no a quienes han asistido a la Conferencia creídos que iba a hacerse labor verdaderamente unitaria. Lo más repugnante del caso es que los organizadores de la Conferencia de Unidad, sus inspiradores, sus ponentes y sus amos absolutos son quienes han celebrado ese otro conciliábulo escisionista. De donde se deduce el papel de tapujo que pretenden hacer jugar a las organizaciones que de verdad quieren la Unidad Sindical.

* * *

La característica de la Conferencia ha sido la carencia absoluta de competencia para abordar y resolver los problemas, y si a los discursos pronunciados y a las resoluciones adoptadas las desposeemos de la fraseología demagógica, de las groserías e insultos lanzados contra todo aquel que no piensa como los organizadores de la Asamblea, veremos que de tanta palabrería no queda nada substancial. En vez de examinar prácticamente las posibilidades de realización de la Unidad Sindical, los elementos que se adhieren a ella, cómo conquistar otros nuevos, consignas y sugestiones a lanzar, quiénes son y cómo vencer a los enemigos de la Unidad, qué estructura es la más adecuada al movimiento sindical moderno en la actual situación de agudización de la lucha de clases, etc., nuestros *conferenciantes* se dedicaron a rezar al dios Stalin, a cantar en su honor y a lanzar su bilis venenosa contra todo Cristo, desde el «socialfascismo», el «trotskismo contrarrevolucionario». ¡Bonita manera de ganar la confianza de las masas! Y a punto estuvo la Conferencia de aprobar una proposición, después de dos horas de discusión, sobre si debía o no considerarse traidor el comunista que, teniendo un cargo en la dirección de un Sindicato, no consigue que éste actúe de una manera revolucionaria (a la moda staliniana).

Ya hemos dicho que no se abordó ni un solo problema de una manera medianamente justa. Arlandis, este tránsfuga de toda la vida, el hombre que un buen día confundió *Soviets* con Comités de fábrica, es el encargado de definir ante la Conferencia lo que son Federaciones de Industria y de especificar la función de éstas en el movimiento obrero. Su exposición fué tan desdichada y absurda, que la Prensa del Partido ha silenciado todo lo que Arlandis se atrevió a decir. La Conferencia escuchó a Arlandis y no decidió nada sobre el particular, porque nada podía decidirse en semejante caso. Hay que constituir las Federaciones de Industria—dijo Arlandis—, porque esa labor ha sido desatendida por socialistas y anarquistas. Pero olvidó decir que la necesidad de la constitución de esas Federaciones está determinada por algo, que este algo era el desarrollo industrial y el progreso manifestado por las organizaciones capitalistas, a los que el proletariado debe hacer frente, cosa que difícilmente puede lograrse con las antiguas organizaciones de oficio. Pero estas explicaciones elementales no son para que las haga un «sabio» como Arlandis. Era preferible hablar de Sindicatos de empresa, como base de las Federaciones de industria, y confundirlos con los Comités de fábrica.

Era ése un problema de importancia capital, porque de la solución que se dé al mismo depende el éxito de una política sindical justa y verdaderamente revolucionaria. Si en lugar de hablar tanto

del *socialfascismo* se hubiera dedicado una mayor atención a estudiar la manera de arrancar a las masas obreras a la influencia reformista (socialista o anarquista), fácilmente se hubiera llegado a una feliz solución. Pero había que ver dónde radica la fuerza y el sostén del reformismo socialdemócrata, por ejemplo; atacar el mal en su base, haciendo que las masas que siguen influenciadas por esos elementos comprendiesen que estaban engañadas por ellos; era necesario, en lugar de gritar hasta enronquecer contra el *socialfascismo*, decir a los obreros por qué los socialistas dirigentes traicionan sus intereses de clase. Y la base de la socialdemocracia está en los organismos de colaboración de clases, en los Jurados Mixtos del Trabajo, en los Comités de arbitraje, en las Comisiones de clasificación profesional, en los Comités Paritarios y en todos esos organismos que crean socialdemócratas y burgueses para adormecer el espíritu de lucha de clases de los trabajadores. Esto no quiere decir, ni mucho menos, que haya que ir a esos organismos a despojar de sus puestos a los jefes socialdemócratas colaboracionistas; pero el problema existe, es ése, y en él radica la fuerza de la socialdemocracia de todos los países. No puede eludirse la cuestión con frases altisonantes acerca del *socialfascismo*, que los obreros no entienden, ni puede convencerse a nadie de la ineficacia de esos organismos y de esos métodos de lucha colaboracionistas si antes no se explica cómo debe organizarse la clase obrera y qué métodos de lucha debe emplear. Los convencidos e iniciados en estas cuestiones ven el problema con toda claridad, pero no así los millones de trabajadores que en el mundo siguen a los socialdemócratas y que creen que de la colaboración de clases salen beneficios para la clase trabajadora.

Hay que hablar un lenguaje claro y limpio, simplificando las cuestiones en lugar de complicarlas con ese afán de parecer sabios que tanto impera entre los stalinistas. La única manera de atraer a nosotros a la clase obrera es por medio de la persuasión, haciéndola ver que de la colaboración sólo sale el engaño y la traición y que solamente la lucha de clases puede ser el método de lucha adecuado. No son necesarios los Jurados Mixtos, ni los Comités de arbitraje, ni las Comisiones de clasificación, ni los Comités Paritarios de Primo de Rivera. Los Comités de fábrica, obra, taller, mina, empresa, etc., son los que pueden y deben resolver todos los problemas, directamente, entre el capital y el trabajo. A estos organismos deben adherirse todos los trabajadores, estén o no sindicados. Luego no son Sindicatos de empresa, ni pueden ser confundidos con ellos. Indirectamente, pueden y deben ser la base de los Sindicatos, de la misma manera que éstos constituyen la base del Partido, pero no organizaciones sindicales propiamente dichas. Los Sindicatos inspirarán la labor de los Comités de fábrica, qué duda cabe, puesto que se trata del conjunto más consciente de la clase obrera, y el Partido inspirará, si sabe trabajar, la labor de los Sindicatos.

* * *

Ni una sola resolución de las adoptadas en la Conferencia pierde el tono altisonante y de insulto que hemos apuntado. Todos constituyen una magnífica quimera, un dar y dar vueltas a la misma cuestión. La labor de la Conferencia ha sido puramente negativa y no ha resuelto ningún problema, ni en el aspecto organizativo de la Unidad Sindical, ni en el de la elaboración de una táctica y un método de lucha y organización adecuados a las luchas actuales.

La Unidad Sindical no se ha realizado, ni se ha logrado interesar por la Conferencia a la clase obrera española. No se han dado normas justas de organización ni se ha conseguido arrancar las masas obreras a la influencia nociva del socialreformismo y del anarquismo. Se ha alcanzado, en cambio, un grado más de desprestigio hacia el comunismo, y se ha sembrado un poco más la desconfianza entre las masas. Ese es el balance triste y desdichado de la Conferencia Nacional de Unidad Sindical. Ahora empezarán a producirse derivaciones lamentables. Los anarquistas y los socialdemócratas, que lo esperaban, han empezado ya a operar. Los comunistas han sido expulsados de la C. N. T. en Gijón. Es el primer chispazo que se produce después de la Conferencia de Unidad Sindical. Los energúmenos irresponsables de la F. A. I. son capaces de quedarse solos con su acracia y su antiautoritarismo, aunque sea por medio de actos de fuerza y dictadura; pero los stalinistas saben bien dar motivos para ello. En lugar de realizar una política hábil de captación de las masas, tanto en el campo anarcosindicalista como en el socialdemócrata, se realiza, por parte de los stalinianos, una política de provocación que produce la ruptura con las masas y determina el odio de éstas hacia el comunismo.

Hemos entrado en un período agudo de exasperación partidista en los medios obreros. Las fuerzas obreras se han dividido un poco más en el preciso momento que más necesaria es la unión para hacer frente a la represión, a la reacción patronal, el paro y a la miseria de la clase trabajadora. Aun se agudizará más la situación, y cada día resultará más difícil defender la verdadera Unidad Sindical, porque los obreros se considerarán engañados y porque los jefes creerán que se trata de una nueva hazaña escisionista. ¡Trágico balance el de la campaña realizada por los stalinistas! La clase obrera tardará en perdonárselo.

Pero la Unidad Sindical es necesaria y hay que defenderla, cueste lo que cueste, tomando como base la C. N. T.

HENRI LACROIX.

LA LUCHA CONTRA LA GUERRA

Comentarios al "Gran Congreso"

Leyendo el llamamiento de Rolland, Barbusse, al Congreso contra la guerra tiene uno que preguntarse: ¿Será posible que quede fuera de él en el mundo algún enemigo de la guerra? Caben todas las clases, todas las ideas políticas, todas las creencias, los individuos, las multitudes, las organizaciones..., basta con adherirse. Un ejemplo así de «democracia pura» merecería no tener enemigos.

Sin embargo, no es así: la Izquierda Comunista ha sido expulsada del Congreso contra la guerra. El caso, por muy extraño que parezca, no deja de ser cierto. La Izquierda Comunista—se dice—es un enemigo del Congreso. Esto lo dice el C. Ejecutivo español del Congreso, que es el autor mismo del acuerdo de expulsión.

El C. E. da sus razones: Primeramente, la Izquierda comunista se ha negado a formar parte de los Comités; después un delegado de la Izquierda Comunista discutió particularmente con otros delegados del P. C. sobre el papel del Partido en el Congreso, y, finalmente, la campaña de *El Soviet* y COMUNISMO, Prensa de la Izquierda Comunista.

Se ve en seguida que la primera razón no es de peso. En el peor de los casos nuestra «enemistad» sería con los Comités y no con el Congreso mismo. Pero no se trata de esto. Nosotros no compartimos responsabilidad de iniciativa y organización del Congreso. Tenemos nuestra plataforma de lucha contra la guerra, y acudimos al Congreso sencillamente a exponerla. ¿Qué significa ser amigo o enemigo del Congreso? ¿Qué quiere decir esta especie de inquisición sobre los adheridos que ha establecido el C. E. español? ¿Significa, por ejemplo, que es necesario unir a la adhesión la fe en los resultados positivos del Congreso? Pero entonces no le estaría permitido al P. C., el adherido más entusiasta, hablar en *Frente Rojo*, núm. 7, de un Congreso de «fárrago de discursos sentimentales». ¿Puede significar, si no, que hay que suscribir el espíritu humanitario y la letra pacifista del *llamamiento* de Rolland? Indudablemente, nosotros no podemos poner nuestra firma en un documento en que se dice que la guerra no va contra una clase, sino contra todas, y que para luchar contra la guerra hay que abrir una tregua en las discusiones. Esto no puede firmarlo ni la Izquierda Comunista, ni el P. C., ni ninguna organización revolucionaria del proletariado.

No suscribimos el *llamamiento* de Rolland; no creemos en los resultados positivos del Congreso, porque por encima de las buenas intenciones pacifistas de sus iniciadores está la misión de la I. C.; pero esto no puede ser causa para no poder participar en un Congreso abierto a todas las adhesiones bajo el único rótulo de «guerra contra la guerra». En caso contrario habrá que interpretar la carencia de plataforma y estatutos no como un síntoma de amplia democracia y libertad absoluta en el Congreso, sino como el medio de que el Comité Ejecutivo haga lo que le dé la gana.

Nuestra expulsión tiene otra razón fundamental. En la discusión entre los miembros del P. C., el C. E. del Congreso interviene y se muestra parte. Tanto la discusión del delegado de la Izquierda Comunista con otros camaradas como los artículos de *El Soviet* y COMUNISMO, que reflejan nuestra discusión sobre el papel del P. en el Congreso y, en general, en la lucha contra la guerra, son asuntos en los que el C. E. del Congreso contra la guerra no tiene por qué meter la nariz; sin embargo, son las causas, según sus propias palabras, de nuestra expulsión.

Ante esto, nosotros tenemos que preguntar al Comité: ¿Quién lleva los asuntos del Congreso: un C. E. que se atiene a la democracia del propio Congreso—ilimitada por la carencia de plataforma y estatutos—o la dirección del P. C. E.? La contestación sincera del Comité Ejecutivo no podría ser otra que ésta: Somos nosotros, los stalinianos, los que hemos tomado el acuerdo de escribiros.

El Congreso contra la guerra ha entrado en una segunda fase. Ya dijimos que surgió como contestación a la maniobra de la socialdemocracia declarándose ésta en Zurich por la defensa de la U. R. S. S. A consecuencia de esto, la I. C. se planteó el problema del «frente único» con la Internacional amarilla a través del Congreso contra la guerra. El fracaso de esta táctica de la I. C. ha sido rotundo. La II Internacional se ha retirado del Congreso contra la guerra.

La dirección de los P. C. ha querido hacer de esta decisión de la II Internacional un argumento contra nosotros. La retirada de los social-imperialistas ha querido darla como un tanto a favor del valor revolucionario del Congreso. Pero si los socialistas han podido retirar a las masas obreras que dirigen y retirarse ellos mismos de él sin desenmascararse por ser un Congreso convocado por intelectuales y al margen de los intereses de clase, ¿qué defensa puede hacerse de él que no sea una defensa de filisteos, como la que sale en *Frente Rojo*, número 7? ¿Un Congreso incapaz de arrastrar a la masa obrera socialdemócrata e incapaz de quitar la máscara a los lacayos del capitalismo imperialista, puede ser defendido por los comunistas?

Frente a estos pasos peligrosos de la burocracia fuera del terreno de los principios leninistas, nosotros mostraremos cada día con más fuerza el camino que urge tomar de acuerdo con estos principios: «Allí donde se juega la sangre y el destino de millones de seres es preciso la mayor claridad».

¿Podrá repetir la II Internacional la traición de 1914? En 1914 el evitar la traición dependía de sus propias fuerzas; hoy depende de las fuerzas de la III Internacional. Con una política acertada, la I. C. podrá evitar que se consume una segunda traición. Hoy la responsabilidad de que las masas obreras logren ser arrastradas por la socialdemocracia a una nueva guerra recae sobre la I. C. La responsabilidad histórica de ser el guía de la revolución mundial es tan grande que en casos como éste alcanza incluso al éxito de las traiciones de otros.

«Lo repetimos de nuevo: no hay más que un camino para transformar este Congreso de sorpresa en una verdadera acción contra la guerra: Que la I. C. tome abiertamente la dirección del asunto en sus manos; que se dirija a todas las demás organizaciones obreras; que proponga al Comité actual del Congreso adherirse al Congreso organizado por ella. Que haga sus proposiciones públicamente, claramente. Que realice una intensa campaña de frente único *real*, y entonces será cuando la dirección socialdemócrata se verá cogida por el cuello y en peligro de desprestigiarse ante los ojos de los que creen en ella. Y entonces será cuando el movimiento comunista, en vez de debilitarse, recobrará nuevamente el vigor y la fuerza.»

M. VELA.

REVISTA DE LIBROS

Wittfogel (Karl August): *El despertar de China*.—Editorial Dédalo, Madrid. 2 pesetas.

Es evidentemente el libro de Wittfogel una obra de gran utilidad para tener una buena información acerca de los acontecimientos chinos desde 1925. El autor parte de este año, en que ya el proletariado, como clase, interviene en la lucha contra el imperialismo, para seguir todos los acontecimientos ocurridos en aquel vasto país. Está escrito el libro con un sentido marxista genérico, que desde luego sirve para arrojar gran luz sobre las luchas en el Celeste Imperio. En varias partes del trabajo Wittfogel trata de contrastar la actitud seguida con respecto a la revolución china por la Segunda Internacional y por la Internacional Comunista; pero el autor, comunista que está en «la línea», se olvida discretamente de aludir a los errores de la dirección staliniana en China.

A pesar de las distintas fases porque ha atravesado la revolución china y de sus períodos de ascenso y descenso, lo cierto es que en aquel país la clase trabajadora y campesina se ha incorporado a la lucha de los pueblos oprimidos. Actualmente el desarrollo del comunismo adquiere un nuevo florecimiento que ya pone en conmoción a los países capitalistas. El avance del ejército rojo chino ha dado la voz de alarma en los medios imperialistas europeos. China está llamada a representar cada día un papel mayor en la lucha contra el imperialismo capitalista. El proletariado de todo el mundo está obligado a seguir con el máximo interés las luchas de los explotados chinos para liberarse del yugo imperialista. En el sentido de la orientación sobre estos problemas, el libro titulado *El despertar de China* es de bastante utilidad.—*J. A.*

Víctor Serge: *Literature et Revolution*.—Cahiers Bleus, París. 10 frs.

Nadie más indicado que Víctor Serge—un revolucionario auténtico y no un filisteo de la revolución ni un literato y crítico pedante—para tratar el problema de la literatura proletaria, sobre el que tanto se desbarra y con el que tantos excesos se cometen. Víctor Serge intenta en un corto ensayo, que con justicia puede considerarse como una tesis sobre literatura proletaria, plantear el problema en sus términos justos y situarlo en su justo cauce.

Una gran masa de los considerados escritores proletarios ha pretendido justificar la nueva tendencia literaria atribuyendo a la literatura funciones meramente utilitarias y de propaganda, es decir, rebajando la literatura. Aunque no padezcamos beatería artística, ni creamos que la obra de arte sea un producto químicamente puro, hemos de reconocer que no es nunca lo mejor de una obra literaria, ni lo que le asegura la vida en el tiempo, las propagandas a que la obra responda—cualquiera que sea el lugar que esto ocupe—o su sentido tendencioso. Tampoco creemos que esto sea una mancha y que pueda considerarse como algo incompatible con las buenas calidades literarias. Es frecuente que el origen de una gran obra literaria

sea bastante turbio y mezquino, que la obra sea consciente y calculadamente tendenciosa o que el espíritu de adulación a ciertas categorías sociales juegue un papel importante en su estructura. Sin embargo, la obra queda con toda una porción, mérito y valores, y pronto se borra, por tener una importancia episódica, la finalidad práctica a que respondiera la obra. Pero una tendencia literaria se embrutece y nace muerta si consciente y cínicamente se obstina en afirmar la finalidad práctica de la obra y subordina, a la vez que menosprecia, todos los demás valores. Perdida está una literatura que no tenga más norte que la propaganda y considere todos los valores literarios como adorno o condimento. No puede afirmarse por este camino una literatura proletaria.

Víctor Serge, que tiene dignidad literaria y proletaria, dedica su ensayo a protestar contra tan mezquino sentido de la literatura proletaria. Para Víctor Serge la literatura proletaria se justifica porque hay un proletariado, es decir, una gran masa de personas con rasgos comunes y acusados, con un sentido y una función histórica, con una manera de ver, de vivir y sentir, y que hasta ahora—hoy incluso—ha sido mirado por ojos ajenos, o desde la soberbia de las clases privilegiadas, o con el pegajoso sentimentalismo del pequeñoburgués, que todo lo embadurna. La literatura proletaria, en cuanto quiere ser la expresión de algo que orgánicamente existe, viene, pues, a descubrir, a alumbrar un nuevo mundo intelectual y sentimental, mundo que irá madurando y enriqueciéndose por un proceso contradictorio, como se ha formado la cultura.

Este sentido de la literatura proletaria se estrella en su origen mismo con el otro concepto, el más frecuente, con el concepto administrativo de la literatura y, en general, de la cultura proletaria. No adopta una actitud obtusa e innoble con respecto a las literaturas pasadas, rechazada y despreciada por ciertos celosos neófitos de la cultura proletaria por considerarla enemiga del proletariado y nocivo su contacto. Son tan modestos esta especie de ortodoxos de la literatura proletaria que no sólo se colocan en niñeras del proletariado y se proponen prepararle el biberón literario, sino que, al abrigo del carácter de la literatura anterior, el último imbécil se encuentra divinamente situado para despreciarla y considerarse un genio.

Bajo la actual dirección política, con el predominio de la burocracia, será excusado decir que hoy en la U. R. S. S. impera oficialmente el concepto más limitado y servil de la literatura. A diferencia del período Trotsky-Lenin donde el Poder estaba a la cabeza en la lucha contra el filisteísmo y el sectarismo proletarizante, rechazando constantemente a los grupos o tendencias literarias que querían tener el monopolio—pero monopolio de Estado—de la literatura proletaria y lanzar excomuniones sobre todos los demás, hoy es el Poder quien favorece las orientaciones literarias más estériles y estúpidas. La protesta contra este estado de cosas le da un tono especialmente dramático al libro de Serge.—*L. F.*

* * *

Próximos libros.—Para fines de año se pondrán a la venta dos obras de dos camaradas nuestros: *El comunismo en la revolución española*, por L. Fersen, y *El anarcosindicalismo en la revolución española*, por Juan Andrade. Cada uno de dichos libros tendrá un texto superior a 300 páginas y será un análisis marxista de la trayectoria seguida por ambas corrientes obreras durante todo el curso de la revolución española.

También nuestro camarada Andrés Nin trabaja en varios libros que verán pronto la luz.

REVISTA DE REVISTAS

El Socialista, número especial contra la guerra.—El Partido Socialista español ha publicado el 6 de agosto un número extraordinario gráfico dedicado a la «lucha» contra la guerra. Gráficamente, el número no carece de interés, sobre todo si se tiene en cuenta principalmente la chabacanería a que nos tiene acostumbrados en toda su actividad intelectal el partido pablista. Pero el texto es todo un ejemplo del pacifismo pequeñoburgués, que degenera en belicismo cuando suena el primer cañonazo. Colaboran en dicho número todas las lumbreras de la pequeña burguesía intelectual española. Ministros, embajadores, gobernadores civiles, etc., etc. Es decir, aquellos mismos que por «necesidades nacionales» preparan ya la intervención de España en la próxima guerra. En la copiosa información que se han propuesto dar en dicho número sobre la guerra mundial, falta algo muy esencial para que la documentación sea completa: la actitud de la socialdemocracia internacional en 1914. Podían haber insertado, por ejemplo, los discursos intervencionistas de Pablo Iglesias. Aquellos discursos en que *el Abuelo* se declaraba apasionado partidario de intervenir en la guerra, y no ponía más inconveniente para ello que el de que «España no estaba preparada». Daba así argumentos políticos a Fabra Ribas, que entonces se dedicaba en Francia a reclutar entre los obreros españoles carne de cañón para el Ejército francés. La clase trabajadora no tiene nada que ver con ese pacifismo lloron que, después, al comenzar las hostilidades, produce ministros de Municiones.

PERIODICOS

Joven Espartaco. — El día 15 del pasado mes de julio apareció el primer número del periódico órgano de nuestros jóvenes camaradas. Hecho modestamente, como corresponde a nuestros pobres medios económicos, sin embargo, el órgano juvenil oposicionista es una magnífica tribuna con la cual cuenta la juventud obrera, campesina y estudiantil española. Nada más nacer, y ya ha sufrido la primera denuncia. El artículo titulado «Charla al soldado» sufrió los honores del fiscal, que ordenó la correspondiente recogida y registro en la imprenta y redacción. *Joven Espartaco* aparecerá mensualmente, y esperamos que no le faltará el apoyo resuelto de todos los jóvenes oposicionistas y simpatizantes.

Política Obrera.—En Barcelona ha comenzado a publicarse este órgano..., llamémosle sindicalista reformista por llamarle algo. Pertenece al grupo de Vidiella, Botella, Jové, Magre, Bernardó, Ramón, Roca, etc., que recientemente se separó de la C. N. T. por entender que dicho organismo debía hacer política... burguesa. Después de conocer este párrafo de su declaración política se puede juzgar lo que representa *Política Obrera* en el movimiento obrero: «Ahora mismo, si queremos otear el panorama político español, tendremos que reconocer que no hay más políticos gubernamentales de izquierda que los que actualmente ocupan el Poder.»

Imp. Pueyo.—Luna 23.

A nuestros lectores de Hispanoamérica

A pesar de la enorme represión existente en la mayoría de las Repúblicas hispanoamericanas, represión que impide la difusión de nuestra Revista *en países como Cuba, Colombia, Venezuela y Perú, la venta de nuestra* Revista *en Hispanoamérica alcanza cada día cifras más elevadas. Sólo en la ciudad de Buenos Aires vendemos en la actualidad 300 ejemplares y esperamos llegar muy en breve a 500. Si descontamos a Nueva York, sigue en importancia de venta a la capital argentina Santiago de Chile. En este número nos hemos visto obligados a aumentar la tirada para poder servir los pedidos que de América nos llegan.*

LOS LECTORES HISPANOAMERICANOS DEBEN AYUDARNOS

La gran simpatía que Comunismo *ha logrado conquistar en dichos países nos permite dirigirnos a nuestros numerosos lectores para solicitar de ellos que nos ayuden económicamente a sostener la vida de la* Revista. *Hasta ahora ésta se ha podido sostener gracias al esfuerzo realizado por los camaradas españoles y por el grupo oposicionista de habla española de Nueva York, que desde el primer momento nos ha ayudado económicamente de una manera muy resuelta.*

Es preciso que aquellos de nuestros lectores hispanoamericanos que están compenetrados con la labor que llevamos a cabo se den cuenta de la necesidad de aportar su ayuda económica a nuestra Revista. *Algunos, muy pocos desgraciadamente, nos han prestado ya su solidaridad. Pero es preciso que el esfuerzo sea mayor.*

NECESITAMOS SUSCRIPTORES PROTECTORES

Una de las formas más eficaces de sostén es formar grupos de suscriptores protectores de cinco pesetas mensuales cada uno. Si entre todos los países hispanoamericanos consiguiéramos toda más que cien suscriptores protectores, el problema económico de nuestra Revista *estaría completamente resuelto. Y, sin embargo, esto no es nada difícil de lograr. Los grupos oposicionistas de Buenos Aires, Rosario, Santiago de Chile, Valparaíso, Méjico, Barranquilla, Cali, Paraguay, Lima, Montevideo San Paulo, etc., pueden hacer mucho en este sentido.*

NUESTRA SECCION HISPANOAMERICANA

Pensamos muy en breve inaugurar en Comunismo *una sección dedicada especialmente a los problemas políticos de Hispanoamérica. Pero para esto precisamos también de la ayuda de los camaradas de aquellos países, que deben enviarnos informaciones y la prensa obrera de todas las tendencias. Es preciso que los lectores de* Comunismo *se apresten a ayudarnos en este sentido.*

Lectores hispanoamericanos: ¡Ayudad a COMUNISMO!

DE PALPITANTE ACTUALIDAD

Y AHORA

¿Quien vencerá en Alemania? ¿El fascismo o el comunismo?

Por LEON TROTSKY

90 páginas, 1,50 pesetas

El desarrollo de los acontecimientos políticos alemanes llena en la actualidad la curiosidad de todo militante revolucionario. ¿Cuál es la táctica que sigue el Partido Comunista alemán? ¿Cómo derrotar sobre el terreno de los hechos a la socialdemocracia? ¿Cómo hacer frente a las bandas hitlerianas? A todos estos problemas contesta Trotsky en este interesante trabajo de cerca de cien páginas de apretado texto.

SUMARIO

Prefacio.—La socialdemocracia.—Democracia y fascismo.—El ultimatismo burocrático.—Los zigzags de los stalinianos en la cuestión del frente único.—Repaso histórico sobre el frente único.—Las lecciones de la experiencia rusa.—La experiencia italiana.—Por el frente único en los soviets como órgano supremo de frente único.—El partido socialista obrero.—El centrismo en general y el centrismo de la burocracia staliniana.—Las contradicciones entre los éxitos económicos de la U. R. S. S. y la burocracia del régimen.—Los brandlerianos y la burocracia staliniana.—La estrategia de las huelgas.—El control obrero y la colaboración con la U. R. S. S.—¿La situación es desesperada?—Conclusiones.

Todos los comunistas deben leer y propagar este interesantísimo libro.

Los pedidos a EDICIONES COMUNISMO, Apartado 918. Y los giros a F. García, Cabeza, 30. - Madrid